

Don Quintín, el amargao

Argumento de la película

Don Quintín, hombre de unos treinta años, bien portado, rumboso, adoberado, perteneciente al pueblo bajo de Madrid con todas las virtudes y defectos del alma popular, se dirigía lentamente a su casa, situada en una de las calles típicas, adorables, cantadas por don Ramón de la Cruz en aquellas admirables sainetas en que plasmaba el espíritu de la tierra.

Antes de entrar en su vivienda compró en un puesto algunas frutas y ya cargado con aquel rico pastel subió lentamente a su piso. Introdujo el llavín y al entrar en el recibidor, su semblante se demudó y sintió en todo su ser como la violencia de un latigazo. Por la vidriera de una puerta interior veía transparenciarse la figura de un hombre apoyado en el brazo de un sillón y en cuyo asiento se diluía tam-

bién la silueta de María, esposa de don Quintín.

Contuvo el aliento y escuchó la conversación que sostenía la pareja y que abrió ante él un mundo con el que no contaba, hecho de traiciones, de engaños y de ingratitud.

—Mira, ésta es—decía María enseñándole unas fotografías—. ¿Te acuerdas? Nos la hicieron en el menudero el día que marchabas para América. Aquí está el tío Luis, tú, mi madre, Rosarillo, yo... ¡Toda la familia!

—Tú eras una chavallita—contestaba el hombre con un acento lleno de ternura—. ¿Quién iba a decirme aquel día que a la vuelta te encontraría cas, la y hecha una señora respetable?

—También tú, mira que has sido un castaño. ¡Siete años sin dar razón de tí a ningún pariente!

—¡Chica, allí no hay tiempo para nada! He tenido que luchar con la vida a bofetadas.

Don Quintín no pudo más. ¡Ah, aquella mujer! Le había estado traicionando miserablemente. ¡La maldada! ¡Y él había podido estar amando eso! ¡Y él había podido vivir en aquella atmósfera de engaño en que las sonrisas y las palabras buenas encubrían la baja maldad!

Hombres de pasiones intensas, todo corazón, sin sexo apunchar veces su razón con el sentimiento, avanzó como un loco hacia la habitación donde estaban los augustinos ocultos y sin mediar palabra y sacando un revólver comenzó a disparar contra el hombre, que huyó precipitadamente, sin ser alcanzado por las balas. Rendido de cólera, con un sabor a sangre que podía inmediata venganza, quiso seguirlo don Quintín, pero su mujer, histerizada, con una mirada trágica de espanto, forcejeó con él, consiguiendo detenerle. Era una mujer joven y bonita, con unos grandes ojos negros de madrileña.

—¡Quintín! ¡Escucha! ¿Qué me lo que te figuras?

—¡Calla, infame! ¡Quita! Y derribándola al suelo de un empujón, la escupió, fuera de sí:

—¡Hace tiempo que me lo estaba diciendo el corazón! ¡Fuera de mi casa!

Sollozando amargamente, María arrastrándose ante el vengador, le suplicó:

—¡Mira lo que haces, Quintín! ¡Te juro que soy inocente! ¡Te lo juro por el Cristo que llevo en las entrañas!

—¡Eso no lo nombres siquiera, puta! ¡Déjala matar como a un perro! ¡Largo de aquí! ¡Bala a la calle!

Enloquecida, María salió al rellano de la escalera y allí se dejó caer en tierra, sollozando con verdadera amargura.

Don Quintín cerró la puerta brutalmente barbotando maldiciones contra la esposa que creyó buena y que acababa de hacerle sentir el ácido que venenosa y mata.

...

MATERNIDAD PROVINCIAL rezaba el letrero puesto sobre la puerta del edificio. Era la casa de maternidad, lugar de dulce amor donde las pobres mujeres desvalidas encuentran el regazo amoroso y bueno que en la "hora divina" las ampara y las alivia. Allí nace una humanidad nueva, millares de niños, cuya vida es ya desde su iniciación un drama o una mascarada, vidas primerizas que ya no giran en el círculo normal de los otros infantes, de aquellas cuya venida al mundo es siempre un acontecimiento alegre, algo solemne y bello, de campanitas de gloria, sino una cosa demasiado seria, producto siempre de una tristeza o de un vicio. Vidas concebidas en una hora de engaño, de apasionado deleite en que no se advierte que al momento de mañana es siempre esclavo del de hoy, o vidas de miseria extrema, de desvalimiento, que han de acogerse a la caridad para poder subsistir.

La mujer de don Quintín, abandonada de una manera definitiva, irreparable, por su marido, había dado a luz una niña en aquel hospital provin-

cial, donde a nadie se le preguntaba de dónde venía ni quién era. A la sazón, restablécida ya la madre y con aquella linda niñita en brazos—carno sonrojada de ojos de un azul diluido y leve—iba a abandonar aquel lugar para penetrar en una vida en la que no había satisfacciones, sino amargor, en la que no había mimos, sino la voz de las horas adversas.

—¡Adiós, hija! — le decía la monja bondadosamente—. ¡Que seas siempre buena!

María guardó silencio. Sus brazos apretaron más y más contra su pecho a la nena de su vida.

—¿Qué va a ser de esta criatura?— murmuró.

—Tú eres trabajadora y dispuesta y saldrás adelante.

—No sé... no sé. Por el momento no tengo ni un pedazo de pan para llevarme a la boca.

La monja preguntó, lamentando infinitamente la situación de aquella mujer, igual a la de tantas otras desgraciadas:

—¿Y su padre?

—No quiere ni oír mi nombre. Cuantas veces he intentado verle ha sido inútil.

—Llévale la niña. Si le queda un resto de humanidad os acogerá a las cos. Estoy segura.

Maria hizo un gesto de escepticismo. Sabía bien el rencor implacable de su marido al creerla culpable, al experimentar el asco de la supuesta traición. Y sin embargo... María había jurado su inocencia sobre la vida de aquel capulito en flor que era su hija.

—Has lo que te diga, hija mía—prosiguió la monja—. Y ven pronto a darme buenas noticias. Anda con Dios.

Al salir a la calle experimentó la trágica desolación que produce una ciudad que ignora nuestras amarguras y a la que no interesan nuestras tragedias. Cada uno y su vida, y si no hay una ligazón de temor o de interés, el desdén más absoluto para el prójimo.

Sabía bien que era inútil acudir a Quintín, que éste mantendría como hasta ahora una actitud de invencible rencor, negándose a saber nada de la mujer ni de la niña. ¡Oh, quizás dudase todavía si este ser era de su sangre o fruto por el contrario de un amor clandestino, lleno de la inquietud de todo lo que no forma parte del círculo legal!

Fue paseando por la gran ciudad, que por contraste con su vida desgraciada, nunca le había parecido tan hermosa y por lo tanto tan distanciada

de ella. Edificios majestuosos, altos, implacables, como dorsos que no se doblan, gentes que parecían tener prisa y era como si huyesen de la miseria de ella, automóviles que corrían como exhalaciones sin enterarse de lo que pasaba en las aceras.

Anduvo largas horas con la niña en brazos que de vez en cuando se ponía a llorar—hambre, cansancio y sed.

El mundo era realmente una cosa cruel y despiadada.

En uno de aquellos callejones hondos de los barrios bajos, vió una larga hilera de pobres, con una escudilla en la mano y que hacían cola para ir a recoger el cocido de un comedor de asistencia pública. María se puso pacientemente la última, pensando que el mundo no abandona definitivamente a los desgraciados y que aquel día todavía podría comer. Pero cuando le llegó el turno, el repartidor del rancho le dijo con ese desdén de las que trataa con gente a la que creen inferior:

—¿El cacharro?

—No he traído...

—Pues hay que espabilarse. A ver, el siguiente.

Y como precindiase de ella, María protestó:

—Pero ¿me va usted a dejar sin comer?

—¿Qué le voy a hacer yo? No pretenderá usted que le demos también una vajilla.

D O N Q U I N T I N E L A M A R G A O

Ocultó María las lágrimas y siempre con la niña, prosiguió su ruta de calvario por una ciudad que a aquella hora quedaba desierta para ir a comer. Avanza-

ba temblorosa por la deliración y el dolor, y con un esfuerzo heroico que sólo el amor material dictaba, tendía la mano a los escasos transeúntes.

...

En tanto, don Quintín, que desde lo de su mujer había perdido los escrúpulos y abandonado sus negocios decentes, se lanzaba a ganar dinero fuera como fuese y era el dueño de un garito de juego, de un círculo de recreo situado en un barrio popular. Allí se desplumaba a los incautos, se efectuaban liquidaciones magníficas y la vida tenía un sentido de infinita felicidad, lograda sin esfuerzo. Del drama de su vida no quería acordarse ni por asomo. Olvidada para siempre aquella mujer, tenía distintas amigas que oían su dinero y le juraban mentirosamente cariño. A él le satisfacía esto, adormeciéndole la voluntad y rompiendo con su pasado.

Aquella noche, como todas, el círculo estaba en plena actividad. Sentadas ante las mesas de juego había varias personas, entre ellas un vejete de

aspecto entre grotesco y simpático. Junto a él un tipo feroz de matón, amigo de don Quintín y que no permitía que nadie se llevase las ganancias, mandando por el terror y la amenaza, sin que nadie se atreviera a contradecirle.

El croupier tiró la carta, después de haber hecho todos los juegos.

—¡Sota!

—¡Aquí!—dijo el vejete con satisfacción.

Pero el matón, tras escupir por un colmillo y con una actitud bravucona y odiosa, le dijo entre ofensivo y burlón:

—No se atrevulle el anciano. Ese vil metal es de un servidor.

—No, señor; es mi postura—protestó adoptando una figura grotesca en su enfado.

El chulo le miró de pies a cabeza y soltó una carrajada coreada por todos.

—¡Pues es una postura bastante fea!

—¡Le repito a usted que ese dinero lo he puesto yo! — decía el vejete pálido de ira.

—No repita, que está feo. Una equivocación la tiene cualquiera, hombre. El caso es rectificar a tiempo.

Y desbrochándose la americana, mostró en su bolsillo anterior, la culata de un revólver.

—Pláncelo bien. ¿Es de usted o mía?

El pobre anciano, despojado inicuamente de su ganancia, tuvo que rendirse ante aquellas razones contundentes.

—Me... me parece que es de usted.

—¿Lo están viendo?

Tragó saliva el vejete y se trasladó a otra mesa donde la suerte fuera menos esquiva y sin peligros.

Uno de los jefes de mesa se dirigió al contiguo despacho del dueño del garito. Don Quintín, que se hallaba acompañado de Sefni, un tipo amigo suyo, hombre carente de escrúpulos y capaz de todo por conseguir sus fines, y de Margot, una "demimondaine" que anhelaba conquistar a don Quintín, más que por el mismo que interesaba poco, por su dinero que era abundante y sobre el que ninguna mano de mujer había hecho aún presa.

—Tú, Sefni—dijo el jefe de mesa al entrar—, es preciso que dentro de un rato te des una vuelta por la sala y me pongas en la calle a dos o tres que hay ahí. Ya te avisaré. Nos vamos a

hinchar, don Quintín. Han venido puntos muy fuertes.

—Si me lo haces buena, te doblo la comisión esta noche—le contestó don Quintín.

—Ya lo verá usted.

—No se quejara usted del negocio—dijo Sefni.

Margot palmoteó.

—Esto va como la espuma, chico.

El rostro de don Quintín se ensombreció:

—Hasta que un día se tuerza y acabemos todas en la cárcel.

—¡Caray, tú siempre tan optimista! ¿Qué motivos tienes pa esos pronósticos tan risueños?—preguntó Margot.

—Sería la primera cosa que me saliera bien en la vida.

Entró un criado y acercándose a don Quintín le indicó:

—Don Quintín, abajo está su mujer.

Franció el ceño. ¿Ella en su casa! ¿Otra vez buscándole, otra vez pidiéndole un perdón que nunca le otorgaría!

—Esa está buscando el escándalo—comentó Sefni.

Margot, que odiaba a la mujer de don Quintín, viendo en la posible reconciliación un peligro para sus intereses, virtió su gota de veneno:

—¡Otra vez! ¡Vamos! ¿Tendrá valor después de lo que hizo conmigo?

—Vosotros os metáis en lo que os interesa—contestó el aludido tras unos

momentos de duda— Dile que no quiero verla.

Y quedó de profundo mal humor, como si le recordiera la conciencia. No en balde, a pesar del odio que le inspiraba, quemaban los recuerdos de los viejos días sin hambre ni dolor.

Salíó al salón, siendo una melancolía cómo se alejaba aquella mujer que llevaba una niña en brazos. Y aquella criaturita era hija suya. Algo le decía que era su sangre, su vida, su alma... y él la dejaba marchar como una cosa inútil o dañina. Pero el odio a la esposa que creía culpable, llegaba también a la hijita inocente.

Señor, espíritu rudo, latínicamente malo, le dijo para halagarle:

—Ea usted un hombre, sí, señor. Así hay que tratar a las mujeres.

Pero don Quintín le miró con cólera y desprecio.

—Como tú eres un canalla, no puedes saber lo que sufre un hombre que tiene que hacer lo que yo estoy haciendo.

—Pues yo no quiero que sufras—terció Margot con falsa ternura—. Y para eso estoy aquí, para hacerte el hombre más feliz de la tierra.

La rechazó fatigado de ese arrumacos de gatita y quedó toda la noche con la preocupación del que tiene una cuenta con su conciencia.

María no se había dado por vencida. Recordaba el consejo que le dieron al salir de la Maternidad: "Llévale la ni-

ña a su padre. Que la vea a ella primero".

Sí, iba a tomar una resolución. Iba a dejarla a su padre. Para ella las miserias y el frío de la calle, para la niña un calor de hogar. Quintín no era un desalmado. Podía padecer una efusividad momentánea, producto equivocado del mismo amor que se consideraba engañado, pero estaba segura de que en el fondo amaba a la criatura y no consentiría en verla abandonada en la calle, bajo los banderos del hambre.

Y aquella noche cuando don Quintín regresó a su casa, al ir a pasar desde el recibidor a una habitación antigua, vió un bulto en un diván. ¡Democio! ¿Qué era aquello? Acercóse curioso, desató el fío de ropa y se encontró con una niña que le sonreía y le tendía las manos.

Sorprendido, don Quintín, experimentó en el primer momento una misteriosa ternura hacia aquel ser que parecía solicitarle protección. Pero rápidamente ahuyentó el instinto paternal para percatarse de la realidad dura y permanente. Tuvo un gesto de aproximación hacia ella, pero pronto se rehizo. No, no, se lo había jurado a sí mismo y mantendría ese juramento por encima de todo. No quería tener junto a sí a aquella niña que le recordaría a la mujer olvidada en un eterno silencio.

Estuvo vacilando unos instantes. Una voz cruel, satánica, le exigía el aban-

denar en un asilo a la niña, una más en la legión dolorosa de las hijas de nadie. Pero la voz de la sangre, algo que latía aún en aquel corazón no corrompido del todo, le impidió realizar aquel mal paso, haciéndole adoptar una determinación que consideraba de "tipo

medio".

Fue hacia una mesa y escribió rápidamente unas líneas. Después con ademán hosco envolvió a la niña en una manta y salió del piso casi de puntillas, con el temor del que realiza algo que, a pesar de todo, le avergüenza.

A altas horas de la noche un cerrado automóvil se detuvo en plena carretera ante una caseta de peones camineros. Un joven descendió del coche y después de mirar a todos lados, depositó junto a la puerta de la casilla un envoltorio que llevaba en brazos. Después volvió a subir rápidamente al coche y éste desapareció velozmente en la oscuridad, apenas agujereada por unas estrellas tímidas.

El fresco de la noche había despertado a la niña, que era lo que había llevado oculto el desconocido. Un llanto nervioso, desesperado de frío y soledad turbó el silencio impresionante del camino.

Nicasio el caminero y su mujer se despertaron bruscamente al escuchar el lloriqueo infantil.

—¿Qué es eso?

—Parece el llanto de un niño.

—¡Válganos Dios! ¿Qué habrá ocurrido?

Incorporóse Nicasio, tomó un farol y abrió la puerta que daba a la carretera. Al descubrir a la niña su rostro tuvo una expresión de contrariedad. ¿Quién era el guasón, el bromista de mal género que le había dejado aquel regalo? Encima de las ropas de la niña había una carta. La leyó a la luz incierta del farol.

"Si su mujer quiere criar a esta niña, recibirá usted ciento veinticinco pesetas mensuales, mientras viva la criatura."

Nicasio sonrió alboroxado. Ellos eran gente pobre, que iba escaseando de dinero y aquellos veinticinco duros les iban

a venir como una bendición. ¡Vaya si se quedaban con la niña! Esta gastaría poco y el resto que quedase podrían aplicarlo a una vida más regalada y fácil que hasta el presente. ¡Magnífico! Cogió a la pequeña y entrando en la casilla dijo a su mujer, con alegre exultación y con una jovialidad que hacía muchos años no tenía:

—Mira, Josefa, nos acaba de caer el gordo.

Josefa, adormilada aún, miró a su marido con estupor.

—Nos ha caído el gordo, Josefa, el premio mayor—insistió.

Y le mostraba a la niña que reía y lloraba como si comprendiera aquel nuevo vivir a que el destino la llevaba en una de sus piruetas absurdas.

...

Al día siguiente don Quintín, resuelto ya el asunto de la criatura, se hallaba en su casa, acompañado de Margot y de Sefni.

Ya su conciencia estaba tranquila. Su hija no carecería de pan; la cuidarían bien y él no la tendría al lado, librándole de esta manera de la visión odiada de la esposa.

Llamaron. Margot fué al recibidor a abrir. Al franquear la puerta encontróse con la esposa de don Quintín, que se mostró confusa y sorprendida al ver a aquella mujer en casa de su marido y la miró con rencor, como la usurpadora que le tomaba el puesto.

Ella contempló Margot con la misma expresión despectiva de insolencia, temiendo que la esposa de don Quintín viniera allí a reclamar unos derechos que sin duda le pertenecían.

—¿A qué viene usted aquí?

—¿Y usted quién es para preguntármelo? —contestó con idéntica actitud agresiva.

—La dueña de la casa. ¿Es suficiente?

—En esta casa vive mi marido y está mi hija. Por muy dueña que se crea usted no podrá impedirme hablar con él y ver a mi hija.

—Su marido no tiene nada que ha-

blar con usted; y si quiere usted aborrazarse un diaguato serio, hará usted muy bien en marcharse.

—Sí, me marcharé. Pero con mi hija. Si ese hambre no tiene entrañas, que me la devuelva. Lo que sea de mí, será de ella.

Quería ver a la hija de su alma: quería hablar con Quintín, pensando que éste habría ablandado seguramente su indignación a la vista del inocente ser y se mostraría propicio a perdonar a la madre. Y se exaltaba ante el obstáculo de aquella otra mujer que ahora le privaba el paso, robándole lo que era suyo y desviando las ratas por las que pensaba caminar.

Margot le echó en cara con desprecio:

—¿Se atreve usted a hablar de su hija después de haberla abandonado?

—¡Yo no la he abandonado! Quise que la viera su padre para ablandar su corazón, pero veo que me he equivocado y pienso llevarme lo que es mío. Lo pediré a gritos. ¡Alborotaré la casa! ¡Devuélvame a mi hija! ¡Hija mía!

Gritaba furiosa, con un dolor de madre que la quitaba el único tesoro que le queda.

—Vamos, no hay que ponerse así —dijo Margot atemorizada y temiendo un escándalo y que Quintín pudiera convencerse—. Hágalo por la niña. Considere la vida que la espera si se la lleva. Usted no tiene con qué mantenerla y... ¡es-

tá en una edad tan delicada! En cambio aquí no le faltará nada.

María sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarla. La voz dulce e hipócrita de Margot comenzaba a ejercer su efecto. La consideración de que con ella la hija sufriría sin duda hambre, sed, la fatiga de los caminos y de las noches sin hogar, le hizo ceder en su primer propósito y abandonó la casa con un aire ausente, desencajado y maquinal.

—Así es mejor —le decía Margot satisfecha de haber logrado su propósito.

—Es usted muy buena, María. Quiero ser amiga suya en adelante. ¡Aquí está mi mano!

Le tendió la diestra, María, instantáneamente, reaccionó, miró la mano, los ojos de Margot y dándose cuenta de los tróviles que animaban a aquella mujer, huyó precipitadamente, avergonzada, sufriendo como una Doloresa, el alma rota en pedruzcos por la separación forzosa de la hija amada y por su tragedia de esposa, sola y sin responsabilidad.

En tanto don Quintín había estado inquieto, llegando hasta él de vez en cuando un rumor alterado de conversaciones.

—¿Qué hará esa ahí fuera tanto rato? —dijo a Sebú.

—Estará chismorreando con alguna vecina.

Pero cuando entró Margot, la miró fijamente y la preguntó:

—¿Quién era?

—Nadie—contestó un poco turbada.

—El chico de la tienda.

—No seas embustera... Dime quién era.

—Era tu mujer.

—Entonces, ¿por qué mientes?

—Mentía por no disgustarte. Pero ya que te pones así, te lo diré todo. Tu mujer quería dinero.

Aquella calumnia vertida con toda mala intención para hacer más definitiva la separación de los esposos, produjo su efecto. Una sensación de repug-

nancia pasó por don Quintín.

—¿Que quería dinero?

—Sí. Pero no te preocupes, que ya la he alejado y no volverá.

—Las mujeres sois todas unas infames... ¡Maldita sea mi suerte!—exclamó, desengañado del todo y descubriendo en María una nueva faceta de repulsión.

¡Dísero! Es decir, no venía por la hija sino por la atracción del metal. ¡Y se llamaba madre! ¡Puah! ¿El había podido querer alguna vez aquello? Y generalizó su odio contra la esposa hacia todas las mujeres del mundo.

En la casa de juego volvía a hallarse el vejete que en otra ocasión había sido despojado de su dinero por el diablo de la casa. Volvió tímidamente a apostar a uno de los números y el matón se acomodó a su lado pronto a despojarlo de la suerte, si ésta le era favorable.

—¡29 encarnado! ¡Impar y pasa!

El vejete, sonriendo alegremente, dió unos golpecitos en el tapete, junto al dinero de su puesta. Había ganado y

quería cobrar. Pero el matón le tocó en el hombro. Volvióse el jugador y vió cómo aquel se desabrochaba la americana y le enseñaba la culata del revólver. El vejete retiró un brazo lleno de miedo y el matón cobró por él. Luego, con inaudita cinismo, tomó del montón de fichas que tenía el vejete frente a sí una de ellas y la dió al "croupier":

—Para los empleados.

Y el pobre jugador despojado una vez más de su ganancia, tuvo que resignarse, por no perder, acaso, la vida.

Cuando se hubo marchado, el matón, contento de imponer el terror en los débiles, fué a hablar en un rincón del establecimiento con Margot. Hablaron quedamente, en voz baja, siguiendo una conversación iniciada ya anteriormente:

—¡Amos, anda! ¿Vas a salir ahora con escrúpulos?—le decía él.

—No son escrúpulos. Es que la cosa no es tan fácil como tú crees.

—Nada de excusas. Tiene que ser hoy o nunca. Esta noche habrá en la caja más de cinco mil duros. Si los cojes, mañana hacemos nuestro viaje de bodas.

—¡Claro! Y don Quintín, al ver que faltamos los dos, se dará cuenta de quién es "mi esposo" y como tú estás fichao nos echarán el guante en seguida.

El matón reflexionó.

—Bueno, todo se puede arreglar. Coges el dinero esta noche y mañana en el primer tren sales para Bilbao. Y yo sigo viniendo por aquí un par de días más. ¿Hace?

—Hombre, así...

—Y pa que no sospechen que tengo puerne sigo levantando muertos, que ya tengo a la casa muy acostumbrada. ¿Te decides?

Le cogió amorosamente la mano.

—Me decido.

—Así me gustan las mujeres.

—Por ti hago yo lo que sea. Además estoy muy harto ya de aguantar a este tío.

Al otro día don Quintín estaba vigilando una mesa de juego. También se encontraba allí el mismo vejete, el cual sacó un duro y lo puso en uno de los números. Como viera que el matón estaba otra vez a su lado, colocó el dedo índice encima del duro y se dispuso a seguir en esa posición hasta que se decidiese la suerte. El matón desabrochóse la americana y enseñó la culata del revólver. Pero sin inmutarse, el anciano desabrochóse a la vez la suya y mostró, saliendo de su chaleco, una enorme culata de revólver.

—¡17 negro, impar y falta!—cantó el "croupier".

Era el número del vejete. El "croupier" le fué a pagar, pero el matón se dispuso a agredir al ganador, impidiéndole su derecho. El anciano se defendió bravamente, teniendo que separarles los demás jugadores y viéndose precisado el chulo a abandonar la partida ante una agresión con la que no contaba. Mas cuando el ganador fué a recoger su beneficio, se encontró con que no estaba ya sobre la mesa. Alguien más aprovechado y listo se lo había quitado durante la confusión.

En tanto don Quintín había llegado a su despacho.

—¿No ha venido aún Margot? — le preguntó a Sefi.

—No, no la he visto.

Entró un empleado de la casa con un paquete y una factura.

—Un dependiente trae esto, don Quintín.

Sonrió don Quintín y comenzó a des- hacer el paquete.

—Dile que espere un poco. Mira, Sefini, la sorpresa que le preparo a Margot.

Se había encaprichado, con la necesidad que tiene, el hombre solitario, de amar, de Margot, que, ladina y ruin, se mostraba cariñosa con él, sin otro interés que su dinero.

Dentro del paquete había un estuche. Lo abrió y apareció un solitario, hermosa piedra resplandeciente de quilates de luz.

—¡Vaya solitario! — comentó Sefini—. ¿Y qué mosca le ha picado a usted?

—Al fin y al cabo, Margot es la única persona que me muestra afecto. Creo que me quiere y yo no soy desagradecido.

Don Quintín fué a abrir la caja para pagar la factura. Pero al abrirla mostró una sorpresa inaudita.

—¿Qué es esto? Aquí ha andado alguien... ¡Me han robado!

Sefini se precipitó hacia la caja.

—¿Es posible?

Miraron el interior. La arquita del dinero estaba vacía. Sobre ella había una carta que don Quintín leyó, sintiendo que le desfallecía la voz.

“Estoy harta de tí y ya no te puedo resistir más. Eres un amargao y amargas la vida de los que te rodean. Como comprenderás, algo vale lo que te he aguantado y me lo cobro ahora. No te molestes en buscarme. Huyo lejos de Madrid.

Margot.”

Furioso, don Quintín se dejó caer en un diván estrujando aquel papel, aue- va burla, nuevo dardo sangriento con que le hería la vida...

¡Ah, malditas mujeres! ¡La segunda vez que era burlado!

...

La mujer de Nicasio se hallaba amamantando a dos niñas: la suya y aquella encontrada un amanecer en la carretera. Tenían ambas la misma edad

y la mujer era lo suficientemente robusta y fuerte para poder criar a las dos criaturas.

Nicasio, el encargado de la casilla,

llegó algo borracho—era su costumbre—demostrando que el vino tinto había hecho de las uvas. Canturreaba una canción a media voz.

—que me han de enterrar
en una bodega
dentro de una cuba...

—Eso debían hacer, sinvergüenza...
¿Ya vienes cargao?—le gritó su mujer.

Tambaleándose y oliendo apesetosamente a vino, protestó:

—No me echas el toro todavía, que to tiene su explicación... y si vengo alegre no es debido a que me haya extra-militao...

—Será que te ha tocado la lotería...

—No andas muy desensaminá—contestó mostrándole un paquetito de dinero—. La pensión de la chica. Me la acaba de dar el peñón.

La Josefina contó las monedas y censuró con acritud:

—¿Te la acaba de dar y ya faltan seis pesetas?

—Mujer, ten en cuenta que el hombre ha venido hasta aquí para traerla. No he tenido más remedio que invitarle a un vasito... y me ha parecido correcto tomarme yo otro. Para acompañarle. Los sacrificios que uno tiene que hacer por los demás...

—Pues mira, cuando tengas que sacrificarte no vayas a ese establecimiento porque te llevan muy caro... ¡Seis pesetas por dos vasos!

—También tú es que aquillatas de

una forma... ¿No tienes ahí más de cien pesetas? Pues ¿qué más quieres?

—Quiero criar a la chica como es debido, que para eso nos mandan el dinero. Y que no puedan decir que la hemos tratado mal cuando sea mayor.

—¿Pues no vas tú poco lejos! De aquí a que esas insignificancias sean mayores...—dijo, acariiciándole.

Pero el tiempo pasa con una rapidez siempre mayor a los más costosos cálculos y así la vida del planeta rodó veinte años más. Y aquellas niñas se convirtieron en dos mujeres espléndidas, flores blancas, dorada la una como eternamente acariciada por el sol; muerrena la otra con el tono de oriente de las perlas. Teresa era la primera, la hija de don Quintín, que religiosamente había ido abonando la pensión, sin querer, sin embargo, saber nada de la niña que le recordaba el hogar roto para siempre. Teresa, dulce, buena, más-dileña bonita, virtuosa y angelical, florucilla que tenía algo de violeta en la timidez, nena de ojos serenos y prometedores de un amor claro y limpio. Felisa era la otra muchacha, la hija de Nicasio y Josefina. Felisa, de mirada apasionada y labios fuertes y siempre húmedos, de clavel meridional, almita soñadora que anhelaba una vida mejor: romper el horizonte limitado de la casilla... sintiendo en su corazón todas las armonías de un mundo que la solici-taba.

Aquella mañana dormían san las dos muchachas cuando la voz alterada de Nicasio las precipitó fuera del lecho.

—Terre, Terre! ¿Dónde se habrá metido esa condená?

Teresa, vistiéndose apreturadamente, fué al encuentro de su padre adoptivo, que la observó con gesto avinagrado.

—Pero ¿te has vuelto a acostar otra vez? ¡Hay que tener paciencia!

—¿Y qué iba a hacer desde las cinco de la mañana que ya tenía listo su abuelito?

—¡Ya te estás quitando de mi vista si no quieres que te rompa las costillas, arrastró!

Hizo ademán de pegarla con los excesos de brutalidad que le acometían de vez en cuando. Pero la llegada de Felisa, interponiéndose entre las dos, lo impidió.

—No empiece usted, padre.

—¿Cómo que no empiece, si le he dicho que me hiciera las patatas con esmero que me iba a comer con el capataz a la curva del kilómetro 19, que estamos apesallando la carretera?...

—¿Y no se las ha hecho?

—Pero ¿qué me ha hecho?

—Poa lo que usted me dijo—protestó Teresa—, unas patatas vindas.

—¡Y tan vindas! Como que al destapar la tartera me he encontrado con una cosa tan quemá y negra.

—Si es que usted también quiere que le guisen unas patatas y no da occite,

ni carbón, ni patatas. No da más que la orden.

Nicasio, tipo de pueblo que gusta de que le hagan las cosas bien sin esfuerzo alguno, se puso en jarras.

—Amos, no me faltaba más que oír, después de aguantarte toa la vida sin proverbio alguno. Si no mirara... ¡Me voy por no romperte el alma de un escarzo!

Salió Nicasio. Teresa, alma dulce y noble, que hubiera querido paz y amor a su alrededor y no encontraba más que la frialdad de una familia que no era la suya, de un padre adoptivo brutal, borracho, dado sencillamente al interés y sin pizca de corazón, se echó a llorar quedamente, como si ni derecho tuviese al llanto.

Felisa, sentándose en el brocal de un pozo y mientras hojeaba una revista de cine, le dijo:

—Vamoa, chica, no llores así.

—¿No tengo de llorar! Pero déjate, que si tu padre me vuelve a poner una mano encima, me voy de aquí para no volver jamás.

—Mujer, no es para tanto.

—Pero ¿no estás viendo lo que es mi vida? Golpes, hambre, miseria...

Y tenía razón. Una vida dura, gris era la que llevaba. Tiranía de Nicasio que trataba siempre con severidad a aquella mujer, considerándola como algo inferior a lo que es doble atropellar en sus derechos. Josefa, la madre, no

tenía autoridad para imponerle a los excesos del marido, que costaba todos los meses las ciento veinticinco pesetas de la pensión y, desagradecido, experimentaba un extraño odio contra Teresa.

Felisa estaba, en tanto, contemplando una fotografía de Greta Garbo. Adoptando una pose muy parecida a las de la famosa artista, le explicó:

—Puede que tengas razón. Sobre todo que la que más y la que menos tiene sus ilusiones. Y en esta soledad, ¿quién va a reparar en los atractivos incógnitos de una?

Teresa, que no compartía aquellos anhelos, los comprendía, sin embargo.

—Verdaderamente que en una carretera, por mucho que sueñes, no creo que consigas nunca otra cosa sino que tu padre te quite los atractivos de un garrotazo el día que te vea en una de esas posturas.

—Hija, es lo que no lo puedo remediar. Cada vez que veo estas fotografías me entra un hormiguillo y un afán de que estoy perdiendo la ocasión de ver una Greta Garbo española...

—Como que estoy viendo que si el chico del señor Teles sigue trayendo revistas de cine, te vas a quedar de no comer y de desahucio el pelo, que vas a parecer un plato de huesos con gelatina.

—¿Tú qué sabes de eso, so prosalca? ¡Ya verás el día que yo salga elegida "Miss España" y me den un contra-

to pa' Hollywood la que voy a armar!

—Como que la Marlene va a tener que pedir un estanco, no te digo más. Bueno, me voy a llevar esto al ventrillo. En seguida vuelvo.

—O'kay o'kay!

Y tomando una cesta, echó a andar carretera adelante hacia la próxima casilla, donde tenía que dejar un recado.

Llevaba ya un rato caminando, pensando distraída en su mala suerte, bajo el poder de aquel Nicasio incorregible que la maltrataba sin consideración, haciéndole sentir a veces la fuerza de sus golpes, cuando al llegar a un recodo estuvo a punto de ocurrir una catástrofe. Apareció bruscamente un automóvil que por no atropellarla viró con tanta rapidez que fué a chocar contra un árbol.

Por fortuna el choque no tuvo mayores consecuencias que el susto consiguiente. Descendió del coche su chofer, un muchacho delgado y fino de ojos simpáticos y soñadores. Vestía de uniforme y tenía la traza de chofer de casa particular.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Teresa pálida de espanto—. ¿Le ha pasado a usted algo?

—No, no ha sido nada. Pero hoy hemos nacido los dos.

—Tiene usted sangre en la cara—agregó la joven fijándose bien en el conductor que a causa del golpe había salido con algunos arañazos.

Sonrió el chofer.

—No se preocupe. Eso es de valientes.

—¿Y el coche?

—"Pecata minuta". Una aleta desplumada y algún otro cristal arrugado.

—Aquí hay agua. Lávese un poco la cara. Tome mi pañuelo que está limpio. Espere, le lavaré yo...

Y ella misma, con la turbación de ser indirectamente la culpable de lo ocurrido, le lavó el rostro mientras el chofer, tipo del pueblo, babil y simpático, la miraba cariñosamente y la decía;

—Ya puede usted agradecer que ha dao con un as del volante, si no, a estas horas es usted una lámina. De todos modos, yo me he podido machacar contra el árbol por salvarla—agregó con cierto tonillo de importancia.

Ella parecía avergonzada.

—Yo se lo agradezco mucho.

—No hay de qué. No me hubiera consolado nunca de haber atropellado a una mujer tan requeteguapisima.

Sonrió halagada por el piropo que había ido directamente a su corazón. Disimuló un poco su turbación mientras seguía lavando la pequeña herida.

—¿Le hago daño?

—Tiene usted unas manos pa curar que parecen dos plumas de cisne.

—Es usted muy amable...

—Y usted muy simpatiquísima — agregó, verdaderamente cautivado por la fineza de aquellas manos delicadas,

por la bondad de aquellos ojos ingenuos, por toda la gracia que se escapaba de aquella personilla.

—¡Ea, ya está! No han sido más que unos arañazos.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque me hubiera gustado tener algo de más importancia para que me hubiera usted curado siquiera una semana.

—No sabía yo que era tan buena enfermera—dijo sonriente.

—Pues ya ve usted lo que hemos descubierto de pronto. Yo pienso pasar por aquí siempre que pueda, a ver si tengo la suerte de sufrir otro accidente.

Teresa le miró unos instantes con esa fuerza dulce, cautivadora que llena el alma de ensueño. Y contestó risueña, con la mayor naturalidad:

—¡Hombre, lo del accidente no hace falta que se repita! Siempre que usted venga será recibido con simpatía.

Lo decía con sinceridad. El desconocido le atraía. En su alma, donde el sentimiento del amor no había brotado aún, despertaban las suaves inquietudes que pregonan, tal vez, una pasión. Y por su parte el mozo experimentaba análogo sentimiento.

—¿Dónde vive usted?

—En aquella casilla.

—¿Y si el domingo que estoy libre viniere a oxigenarme a este pinar?

—Le sentaría muy bien con seguridad—concedió graciosa.

—¿Y podría encontrarla a usted fácilmente?

Desvió la mirada.

—A la mejor.

—Entonces, ¿hasta el domingo?

—Hasta el domingo.

Un apretón de manos y el chofer volvió de nuevo a ocupar el volante.

Acababa de florecer un idilio. Teresa, la linda mujercita, quedó largo rato inmóvil contemplando la ruta por donde había desaparecido el coche en el que iba un hombre que había logrado, con el misterio con que nace todo amor, cautivar repentinamente su voluntad, hacer nacer en su alma una ilusión fina, una sensación desconocida, frágil, pero placentera.

...

Habían transcurrido unas semanas y el idilio comenzado a raíz del accidente proseguía una ruta hecha de amor y de compenetración. Para Paco, el chofer, muchacho honrado, trabajador, leal, era Teresa el compendio de toda la ilusión, esa mujer única que surge en todo camino humano para ser compañía a veces, tormento otras. La amaba con la alegría de un primer amor que no se complica y tiene la sencillez de lo normal. Para Teresa era Paco el hombre soñado, la ilusión sin la cual ya la vida parece una cosa sin sentido, lo que llena el vacío en que el alma flotaba atormentada y sola.

Aquella tarde iba por la carretera Nicasio, acompañado de su amigo Fidel y de otro peón, con las herramientas al hombro. Iba Nicasio, por no perder la costumbre, algo lastimado. No conservaba la línea recta y daba frecuentes traspiés.

De pronto al ver un automóvil medio escondido entre los pinos, Nicasio comentó malicioso:

—¿Qué hará ese automóvil escondido ahí?

—Vote a saber—contestó Fidel, otro caillero—. Ya lo he visto otras veces.

—Se ven ahora unas cosas por las carreteras. ¡Cada parejita! ¡Y en unas

posturas!... ¡Vamoa, hombre, es pa...!
¡True, true la bota que más vale no
darse por enterao!

—Pero, hombre, si ahora no se ve
ningua parejita.

—Por si las vea.

Y se echó un trazo kilométrico que
acabó de dejarlo como una uva.

No sospechaba Nicasio que la pare-
jita invisible estaba formada, en uno de
sus elementos, nada menos que por Te-
resa. Allí cerca, sentados a la sombra
de los pinos, se encontraban dicién-
dose ternuras la linda hija adoptiva de
Nicasio, y Paco, el chofer, cada vez
más seducido por los encantos de ella.

Cerca de la carretera pasaba un hom-
bre que distraía el tedio del camino
cantando una bella canción.

Carreterita blanca
La que me lleva
A ver a la que adoro
Paulito a paso.
Si caminan mis mulas
Por carretera
Se van mis pensamientos
Por el atajo.

Teresa estrechó fuertemente la mano
de Paco. La luz de la tarde, la belleza
infinita del bosque, el cielo azul tan cla-
ro, daban a las palabras de la muchacha
un deje de dulcedumbre.

—¿Te acuerdas, Paco? Hoy hace un
mes justito que nos conocimos.

—¡Un mes justito! — suspiró él—.
¿Lo sientes?

—¿Cómo lo voy a sentir si eres tú el
único apoyo que tengo?

En medio de su vida gris, solitaria,
era él el faro de su vida.

—¿Y el tío ese? ¿Sigue igual?—
preguntó Paco con interés.

—¡Siempre lo mismo!

—Pues no lo pienses más. Te esca-
pas conmigo y se acabaron las penas.

Extendió ella su mirada melancólica,
que rimaba con el azul.

—Eso no puede ser, Paco.

—Piénsatelo bien... Si te decides a
sentarte a mi lado pa siempre, meto la
directa, aceleró, te hago una media de
setenta y al año que viene e encuentras
propietaria de un bebé Peugeot.

A los entusiasmos sinceramente sen-
tidos por él que compadecía a la infeliz
y anhélaba librarla de una vida estúpi-
da y odiosa, oponía ella una sonrisa de
tristeza, de comprensión, de mujer que
razona bien y a quien el amor no pri-
va de ver claramente la realidad.

—Te digo que no puede ser. Yo soy
una mujer honrá y no puedo escaparme
así con un hombre. Aguantaré has-
ta que no pueda más y luego... Dios
dirá.

—Pues mientras tanto—dijo vencido
por el perfume de sana honradez que se
escapaba del alma de aquella criatura—,
yo a aguardarte y a quererte.

—¡Paco!

—¡Teresa!

Y fundieron sus esperanzas y el an-
helo de un mañana mejor, en la armonía
de un beso que era un adorno más
de aquella magnífica tarde.

...

En un típico colmado de Madrid, situado en uno de los barrios que huelen a casticismo y a verbena, estaban sentados varios parroquianos entre los que se hallaban Sefini, el antiguo amigo de don Quintín y Angelito, solterón, juerguista y tipo la mar de cómico, todo en una pieza. Se hallaban frente a una de las puertas vidrieras que daban a la silenciosa calle.

—Bueno, hombre, me alegro de veras—decía uno de los clientes—. Y don Quintín, ¿qué hace ahora?

—Lo de siempre—explicó Sefini—. Todo el daño que puede, aumentao en un 60 por 100.

Angelito intervino:

—Se le ha agriao el genio de una forma que le llevamos al dentista con bozal. ¡No le digo a usted más!

—Yo desde que le conozco no le he visto sonreír más que una vez. El día que se le murió la suegra. Dijo ¡ja, je! y se puso gasa en el sombrero. ¡La única alegría que le he notao!

—Bueno, es que también hay que ver que no le sale una cosa a derechas.

Sefini continuó:

—Lo que sí es que le teme la gente más que un nublao. ¡Tiene un pronto!

—¿Cómo pronto? ¡Que le pega a uno le bofetá dos días antes de ofenderle! Mira si es pronto.

—¡Pero qué me vaia a decir, hombre, si se ha hecho célebre en toa Madrid! Ya conoceréis la copia que le han sacao—dijo Cróida, el dueño del establecimiento.

—Yo no—contestó Angelito—. Y tenía interés en oírla, porque don Quintín se ha enterao y está que bufa.

—Te advierto que como gracia tiene lo suyo—comentó Sefini—. ¡Ponga usted el disco, Cróida, que ahora no hay peligro!

—Yo no, que si por un casual viene el interfecto, la batalla del Marne va a ser una discusión de la presidencia al lao de lo que aquí va a pasar.

—Vamos, hombre, anda. ¿Dónde está el disco?

Y dirigiéndose al rincón donde estaba la gramola, comenzó a buscar entre las placas.

—¡Bueno, allá tú!

—¡No es pa tanto, hombre!

Se acercó Saluquí, un camarero andaluz.

—No te maleste que no está ahí. Lo tenemos oculto por si las mareas.

Y apareció con un disco que estaba oculto en un ridículo escondite disimulado en la pared y a poco la placa giraba haciendo sentir la armonía de la canción:

Don Quintín
No lo hace con mal fin.
Don Quintín
No es un majalandrín.
Don Quintín
No está mal educado,
Don Quintín
El pobre está amargao.

Si a un amigo del alma
Tiene el capricho
De obsequiarle con algo
Le compra un niche.
Y el que diga una cosa
Que le moleste
Sabe que al otro día
Duermes en el Estío.
Si que debe ser brutal,
Si que debe ser bestial.

Don Quintín
No lo hace con mal fin.
Don Quintín
No es un majalandrín,
Don Quintín
No es un mal educado,
Don Quintín
El pobre está amargao.
Don Quintín
No es un majalandrín.
Don Quintín
No tiene más que suplir.

Simultáneamente con el gramófono, algunos clientes habían comenzado a corear la canción. Pero de pronto y cuan-

do ya estaba terminándose el disco, Angelito vió a través de las vidrieras a don Quintín que se había detenido un momento para encender un pitillo. Inmediatamente dió la voz de alarma, ordenando al camarero que parase el gramófono.

Saluquí, nervioso, procedía torpemente.

—Pon la radio pa disimular, hombre —dijo un cliente.

Saluquí, aturullado, abrió el interruptor de la radio, y se oyó la repetición de la misma canción del gramófono.

Don Quintín
El pobre está amargao,
Don Quintín...

Asustado volvió a cerrar el interruptor. Don Quintín entró en aquel momento. Estaba muy envejecido; los años y la vida dura, ingrata, habían puesto arrugas no sólo en su rostro, sino en su cruzón. La tragedia del hogar deshecho era un peso que arrastraba a través de los años. Pensaba todavía en la compañera de la existencia, en la hija separada de él por la inflexible barrera de la venganza. A veces la ternura, el amor paternal encendía sus luces de piedad, pero volvían pronto las sombras de lo implacable. Y fruto de aquellas luchas era el remoquete de "amargao" con que se le conocía, porque no hay nada que destruya tanto

sentido optimista de la vida como una conciencia insatisfecha.

Se había hecho un silencio religioso, Don Quintín notó algo extraño y miró a todos con recelo. Avanzando hacia el camarero le preguntó con cierta ironía bajo la que se transparentaba el despecho:

—No hay motivo pa que deje la clientela de divertirse, que yo no me como las gallinas.

El camarero sonrió de mala gana.

—Ex que... ¿rabe usté? No les gustaba ese disco y por eso lo ha parao. Era la marcha fúnebre de Chopin.

—¡Hombre, mi música predilecta!... Anda, ponla otra vez que la oígunos.

—Pero, don Quintín, que esto no es una funeraria.

—¡Te digo que la pongas!

—Mié usté que el disco está rayao. Zueña muy mal.

Don Quintín, sospechando la verdad, puso el diafragma sobre el disco y éste volvió a dejar oír aquella canción que coincidía con el nombre y las circunstancias de nuestro hombre. Su rostro reflejó una gran sorpresa seguida de violenta ira al oír la cancioncilla de marraa. Pareció que la ira de don Quintín iba a estallar en golpes y denuestos, pero se contuvo ante la estupefacción general. Cogió el disco y lo rompió con calma en cuatro trozos que lanzó a la cara del camarero. Luego se volvió hacia los parroquianos que temían de un momento a otro alguna violencia.

—Señores—dijo—, el que quiera divertirse a costa de alguien, que busque a su distinguido progenitor. Conque... ¡largo de aquí todo el mundo! ¿Me entienden? ¡A la calle!

Se produjo una expectación enorme. Los clientes le miraban extrañados, temiendo que se hubiera vuelto loco. En una de las mesas, una pareja de novios que había buscado aquel rincón para solaz de sus almas, se mostraba vivamente inquieta.

—¡Este tío está loco!—murmuró el novio al oído de su amada.

Nadie se levantaba aún y don Quintín, dispuesto a vengarse de la casa donde se le tomaba tan bonitamente el pelo, sacó un revólver del bolsillo y amenazó a uno de los parroquianos.

—¡He dicho que fuera de aquí! ¿No está claro?

¡Pies para qué os quiero! Se produjo una confusión aterradora. Comenzó inmediatamente el desfile general. Uno de los clientes se negaba a marchar, pero don Quintín, dándole un puntapié, le obligó a ganar la calle. Y a los pocos instantes sólo quedaron allí Crótido, Sefín y Angelita, aterrados ante las iras del antiguo compinche.

—Yo le juro a usted, don Quintín—suplicó Crótido.

Este le miró de pies a cabeza.

—¡Que no se hable de esto una palabra más!

—Nosotros nos opulmas...

—¡Silencio! ¡Darne una silla!

Selini y Angelito le alargaron rápidamente una silla cada uno, sobrecojidos por la tranquilidad de aquel hombre.

Don Quintín les gritó:

—¡Una! ¡

Quedaron los amigos suspensos en su movimiento.

—¿Sorteamos o elige usted?—indició Angelito tembloroso.

Don Quintín cogió violentamente la silla.

—¡Esta!

Suspiró Angelito satisfecho:

—¡La mía!

Crótido, humildemente, le preguntó:

—¿Quiere usted que le sirva algo?

—¡Si hubiera un veneno!—rugió—. Y en adelante ya lo sabe, Crótido. Aquí

no viene nadie más que yo, cuando se me antoje.

El dueño se echó a temblar.

—Don Quintín, que esto es un compromiso muy grande... ¿Cómo voy yo...?

—Se pagará lo que sea... ¡y a otra cosa!

Crótido quedó consternado. ¡La ruina! ¡El adiós al negocio para siempre! Pero, ¿cómo hacer oposición a aquel hombre fiero, capaz de disparar y de enviar al cementerio a toda una comisión?

Y tuvo que callar y tolerar aquella orden de don Quintín, pues se pasaba por el colmado con infusas de dueño absoluto.

...

En la casilla del caminero, Teresa, el rostro bañado en una luz melancólica y suave, estaba escribiendo:

"Querido Paco de mi alma: Desde el otro día..."

Pero al oír la voz de Nicasio, guardó la carta precipitadamente.

Felisa se hallaba cerca de la chimenea trajinando en ella y con la ima-

ginación prendida en los azules de la fortuna.

Entró Nicasio y depositando los útiles de trabajo en un rincón, dijo con su acostumbrada "amabilidad":

—Ya púes sacar la comida, que me tenga que marchar en seguida con el espataz.

Felisa le replicó:

—Pues tendrá usted que esperar una media hora.

—¡Maldita sea! Mía que hacerle esperar a un hombre que está tuc la santa mañana trabajando...

Parecía Teresa cansada de aguantar tanta impertinencia y contestó graciosamente:

—Si se le può llamar trabajo a estar en la cuneta apoyao en el azadón y dándole que hacer a la bota...

Nicasio sorprendido, miró a Felisa.

—¿Estás oyendo?

Creyó Felisa que su hermana adoptiva se había vuelto loca. ¡Vaya imprudencia contestarle así!

—Mira, calla, Tere, que al fin es tu padre.

Mas Teresa, a quien el amor le daba una fuerza extraordinaria para vencer todos los peligros, se echó a reír con su risa cristalina y dulce.

—Padre tuyo será, que mío no lo es ¡Qué bien se conoce!

—Pues como un padre te he tratado siempre...

—A la vista está, es decir, a la vista no está, porque si me vieran los cardenales...

E incapaz de mantener por más tiempo su serenidad, se echó a llorar amargamente.

Nicasio se enfureció.

—Llévotela de delante porque si no, me riega y repito lo de ayer.

—¡Como me toque usted, me tiro al pozo!

Nicasio le arrojó la bota de vino, pero Teresa pudo escurrir el golpe y huyó de allí, con un ansia loca de abandonar definitivamente aquella casa donde se la maltrataba y era menos que un irrational.

Mucho había dudado antes de aceptar la proposición de Paco al que amaba con toda su alma, pero ahora estaba casi dispuesta a ella. Había vacilado en abandonar el hogar, porque era una mujer honrada y virtuosa en extremo y temerosa de que pudiera caer sobre su vida una de esas sombras que quitan a la pureza y al buen decir su sentido immaculado de espejo. Pero ahora no podía más. Confaba en Paco. Sabía que éste la quería con el amor honrado del hombre que al pensar en la mujer amada coeña con ella para toda la vida y había decidido irse con él, marchar de una casa donde nunca había habido caricias, sino golpes, donde nunca se pronunció una verdadera palabra de amor, sino de fiera, de rencor, de brutalidad, donde el pan ganado con el sudor de la frente, sabía a hiel.

...

Teresa explicó a su novio en aquel mismo pinar donde se encontraban siempre, el dolor cada vez más crudo de su vida.

—Pero, ¿te volvió a pegar?—decía Paco lleno de indignación.

Confesó con tristeza.

—Me tuve que subir en el brocal del pozo y si no es por Felisa, él mismo me hubiera tirado dentro.

—¡Pues esto se ha terminado, así—dijo fieramente—. Así no puedes seguir ni un momento más, ni yo estoy dispuesto a consentirlo. He hablado con mi tía. En su casa estarás como una reina. Viviendo con ella, nadie podrá murmurar de ti. Y hasta que nos casemos, te ves libre de ese borracho. Anda, decídote. Piensa que si no, yo voy a hacer una barbaridad el día menos pensado.

Aun Teresa dudaba.

—Pero, ¿y si luego...?

—No hay pero que valga. Confía en mí.

Y agregó pintoresco, pero con la sinceridad que no reprime sus sentimientos:

—¿No ves que te me has colado hasta lo más hondo del carburador?

Ella, cautivada por el tono jocoso de su novio, le contestó en la misma forma:

—Te advierto que como me engañes, tienes panne, porque te arreo un puñetazo en el capó que te dejo sin carrocería.

—¡Chata mía! Entonces, ¿cuándo?

—Hum... Mañana no. Pasado mañana que estaré sola. ¿Te parece bien?

—Me parece mejor que bien. Pasado mañana me tienes aquí con el coche a engalanarme pa recibir ese cuerpo de hurí del paraíso.

—¡Qué sinvergüenza eres!

—Por muchos años. Pero querrete, con los cuatro cilindros. Ven aquí, doble faetón.

Y volvieron a besarse y a abrazarse con una felicidad que no cabía en sus almas, decidida ya Teresa de una vez a poner para siempre una barrera entre aquel hombre brutal que era Nicasio y ella, criatura que merecía un trato mejor y que deseaba vivir la vida de amor a que tenía derecho.

...

Don Quintín había leído en la prensa de la mañana una noticia que puso espanto en su alma. En la sección de sucesos una gacetilla indicaba que la mujer de don Quintín, la esposa de la que llevaba tantos años separado sin querer averiguar nada de ella, había sido recogida moribunda y llevada al hospital. Enferma y hambrienta había caído, sin poder resistir ya más, sobre las losetas de la calle.

Para Don Quintín fué como si recitase un muerto con todas las emociones, alegres y dolorosas, que podrían producirse en un caso así. Todo el pasado volvió a levantarse ante él como un fantasma, produciendo a su espíritu el terror de una aparición sobrenatural. Ella le trajo el recuerdo de la hija también abandonada, que en su implacable fiera de coloso, no había vuelto a querer ver más.

Sombrias contradicciones vibraban en su alma. Apartó lejos de sí el periódico, importándole poco la noticia leída, no queriendo saber nada, ni aún en la hora decisiva de la muerte, de aquella mujer que había puesto en su vida

el amargor de la derrota. Pero al propio tiempo un sentimiento de compasión se encendía como una lucenilla en su alma. ¿Por qué no verla, por qué no ir por última vez a endulzar la agonía, a presenciar los últimos momentos de la que amó tanto que acaso por haberla amado de aquel modo, la odió sin quererla perdonar, como una extraña paradoja?

Decidióse a visitar el hospital y, acompañado de Angelito, fué recorriendo aquellas salas blancas y pobres en las que venía a parar toda una humanidad derrotada y ya próxima a la muerte. Pronto halló la cama en la que estaba María, la esposa, envejecida, flacucha, el rostro casi acartonado, los blancos cabellos cayendo largos sobre las sienes sudorosas. Los ojos de ella, que se apagaban en el dolor de morir, le descubrieron, y una sonrisa, quizá la última, iluminó aquellos labios que eran como secos pétalos de violeta. Pero aún dudando de que tuviera ante ella al esposo—también la vida le había hecho envejecer a él—le preguntó con débil expresión:

—¿Quién es?

El alma de Don Quintín se revolvió.

—Soy yo, Quintín.

Un suspiro dilató el pecho ya fatigado de la enferma. Los ojos brillaron queriendo vivir, unos ojos desensajados de fiebre.

—¡Tú! ¡Por fin!

El estala conmovido. No en balde lo había unido a aquella mujer el vínculo más sagrado de la existencia.

—He sabido que estabas aquí... y vengo a ayudarte... a pesar de todo.

Se agitó, respirando con fuerte estertor.

—¿Sigues creyendo que fui mala contigo?

Repuso sombrío:

—No es ocasión de hablar de eso ahora. Lo importante es sacarte de aquí para que tengas el cuidado que hace falta.

—Ya es tarde, Quintín...

Y la voz iba apagándose con la majestad triste de un sol invernal en el ocaso.

—Has sido injusto conmigo. No te reprocho lo que me has hecho padecer. Pero es necesario que sepas que yo no te he engañado nunca. Aquel hombre era un simple amigo de mis padres, nada más. Créeme, porque te lo juro en la hora de la muerte. La niña es hija tuya. No quiero morir sin que me prometas ser para nuestra hija, lo que tienes que ser: un padre. ¿Me lo juras, Quintín?

La miró receloso, luego con piedad. No se miente a la hora de morir cuando la incógnita de nuestro futuro aparece en toda su majestuosidad parvosa. No se miente cuando va uno ante Dios. Y aquella pobre mujer habló con tanta sinceridad, con tal dolor de su alma, con el amor maternal tan dolorosamente flagelado al verse separada de su hija, que no podía dudarse de su verdad.

Hosco y abatido, acusándole la conciencia de haber tenido abandonada a una inocente, de ser el responsable de aquella muerte en el hospital, a merced de la caridad pública, de haber tenido al propio tiempo abandonada a su hijita, todo él vibró con una fuerza de inmenso arrepentimiento y amor.

—¡Te lo juro!

Y apretó la mano de la enferma como si le quisiera transmitir el calor de sus sentimientos, la emoción ardiente de su verdad. Ella pareció comprender y estrechó en un lento y dulce apretón la mano ruda que la había azotado con la separación implacable producida por la venganza. Tan hunda era la emoción de la enferma que se desvaneció, dejando caer inerte la mano amarillenta y quedando los ojos blancos ya por el hálito del infinito.

Don Quintín se asustó. Miró interrogante a una enfermera que se había acercado y la tomaba el pulso.

—Es un desvanecimiento — afirmó ella.

—¿Qué se puede hacer?

Y puso toda el alma de arrepentido en la pregunta.

—Desgraciadamente todo es inútil ya...

—¡Dios mío! ¡Ah! pues lo que no he hecho por la madre, haré por la hija.

Y volviéndose hacia Angelito, le dijo ante la sorpresa de éste al verle sollozar:

—Vete ahora mismo a la casilla, ya

sabes donde está. Preguntas por Nicasio Baños y te trae a mi hija, en seguida. Llévala a casa que allí la esperaré yo.

Salió Angelito, y Quintín cayó de rodillas junto a la mujer víctima de su odio, de su injusticia, de la ceguera de sus celos... Y humedeció con su llanto la mano blanca de la muerta que se ahorría desmayada como en petición de paz.

...

En aquellos mismos momentos, Paco, sentado frente al volante de su automóvil, esperaba a Teresa. La huida estaba decidida. Quedaría la joven en casa de una tía de Paco hasta que las cosas se formalizaran para el matrimonio. Todo antes que continuár en una situación ingrata y bárbara.

Unas manos avanzaron por detrás de su cabeza y le taparon los ojos. Era ella, la dulce bienamada.

—¡Tere!—exclamó fervoroso—. Ya creí que no venías. Tenía una impaciencia... Pensé que te había sorprendido el viejo.

—Está trabajando en la carretera pero...

—Anda, monta, que no hay tiempo que perder.

Y el coche salió disparado casi al mismo tiempo que se detenía un taxi ante la puerta de la casilla y descendía de él Angelito.

Dispuesto a complimentar el ecarago de su amigo entró en la casilla encontrándose con una muchacha, Felisa, que estaba sentada tranquilamente junto a la ventana. Al verla, el solterón de Angelito, tuvo un gesto de satisfacción. La chica le había gustado... 13



—¿Qué va a ser de esta criatura?



...eché a andar corriendo adelante...



—¡He dicho que fuera de aquí!



—Lévatela de delante porque si no me ciega y repito lo de ayer.



—...vengo a ayudarte... a pesar de todo.



—¿Qué se puede hacer con ella?



—¡Y esto pa' usted!



...descorrido con ta-
da presteza.



Se había estado arreglando largo rato.



Acercóse al balcón y miró hacia la calle.



—¡Así me gustan los volantes!



—Yo soy un hombre nada más, pero tomo las cosas como son.



—¡Salvadle, cobardes, no me sujetéis!



—¿No tiene usted a nadie?



—¿Que se coma usted esto a besos?

alá por sus hechuras bonitas...! Y como ignoraba que allí vivían dos mujeres de la misma edad, tomó a Felisa por Teresa, la hija de don Quintín.

—¿Se puede pasar?— dijo con el más zalamero de los cumplimientos.

—Adelante— respondió la aspirante a Greta Garbo—. ¿Qué se le ofrece?

—¿Es usted la hija de Nicasio Baños?

—Para servirle.

—Pues póngase elegantita, que vamos a Madrid.

Le miró con sorna. ¿Burlita a aquellas horas? ¿Le quería tomar el pelo?

—¡Ah! ¿sí?

—Como usted lo radioescucha.

—Y eso ¿quién lo ha dispuesto?

—Quien puede— respondió adoptando una postura castiza—. Usted no pregunta nada. A obedecer y a callar.

—Y... ¿me tengo que ir con usted?

—Hambre, no creo que sea un disparate tan grande. Cosas peores podrían pasarla. ¿Es que estoy yo tan mal?

—No, del todo mal no digo que esté.— continuó burlona—. Pero, vamos, no es usted mi tipo.

—¡Qué le vamos a hacer! Las hay exigentes. En fin, ya que no puedo convencerla con el tipo, le diré la verdad. Me envía a buscarla su padre.

Felisa soltó una carrajada.

—¿Mi padre? ¡Vamos, ande! Más respeto a las personas mayores.

—Le digo a usted que es verdad. Venga y dójese de bromas, que usted no sabe el genio que gasta.

—El que no lo sabe bien es usted. Un genio que es famoso en todos estos alrededores.

—Pues entonces no tengo que decir la más. Vengase, porque si tardamos, no sé lo que va a pasar.

—Pues ¿y lo que va a pasar si me marcho?

—Pero, si tengo orden de llevarla, mujer...

Vaya, aquello ya era demasiada guasa. Felisa le miró con seriedad.

—Y lo dice tan serio... Me está usted resultando un guasón... bastante simpático.

—Usted a mí hace ya un rato que me tiene negro.

—¿Por qué?

—Porque me estoy conteniendo para no dar gritos de que me gusta usted. Estoy viendo que ma va a dar algo.

—No, que aquí no estamos preparados para esos accidentes. Grite usted lo que quiera.

—Es usted algo muy serio.

Y acercándose galantemente añadió:

—Ese lunar que usted tiene, ¿es de nacimiento?

—¿Cuál?

—Ese del escote...

Y se acercaba más a ella como si fuera a besar aquel lunar tentador... Pero

en aquel momento entró Nicasio y al sorprender la escena cogió una vara de un rincón y se dirigió amenazador hacia Angelito que huyó aterrado.

Nicasio descargó entonces, ya que no la vara, toda la serie de sus insultos

sobre Felisa a quien la presencia de Angelito, aquel guasón que pretendía burlarse de ella, la había trastornado, dando también a su alma esa sensación de fuerza y de superioridad que todo amor lleva consigo.

...

Angelito explicaba a don Quintín, que estaba con Sefini, lo sucedido horas antes.

Quintín se hallaba enfurecido, pues al dolor de la muerte de María se unía el que aquel hombre volviese sin la muchacha a la que sentía un deseo ferviente de abrazar, de besar, de dar una vida regalada, como si calmara de esa manera los remordimientos de su conciencia acusadora de su mala acción.

—Pero, ¿por qué no ha venido mi hija? —gritaba iracundo—. ¿Estaba allí, sí o no?

—Vamos, explicate, hombre —decía Sefini.

Angelito temblaba todavía.

—Sí, señor, estaba allí. He hablado con ella... pero de pronto ha llegado el caminero con una vara y si no salgo corriendo, a estas horas estoy en el Este...

—Pero, por algo habrá sido... ¿Qué le has dicho tú?

—¿Yo? Nada. Si no me ha dado tiempo...

Don Quintín sospechó que su amigo se había extralimitado y le lanzó un objeto a la cabeza provocando la inmediata fuga de Angelito.

—¡Quitate de mi vista! Debía romperte la cara, mamarracho... Vamos a acercarnos a buscarla tú y yo, Sefini, a ver si conmigo se siente ese caminero tan valiente. ¡Andando!

Ignoraban que a la misma hora Teresa había llegado a casa de la tía de Paco, donde como hacen las gentes de bien cuando se encuentran en circunstancias parecidas, dejabanla depositada hasta la hora del matrimonio.

Teresa estaba un poco agitada por su decisión y temblaba levemente adixiéndose emocionada y febril.

D O N Q U I N T I N E L A M A R G A O

—Mi tía lo ha sido para mí todo en el mundo—explicaba Paco abrazando a su tía, una buena mujer del pueblo, modelo de corazón—desde que murió mi madre siendo yo un chaval. Me quiere más que a sus ojos. Pero tampoco mi cariño es pequeño, ¿verdad, tía?

—Quita de ahí, salamero, que siempre eres igual... Lo que me extraña es que no te hayas mutado por el camino. ¡Eres más loco...!

—No le ha dado tiempo... Un viaje tan corto...—dijo Teresa sonriendo.

—Oiga usted, tía, que yo sé usar el ralenti cuando llega la ocasión. Bueno. ¿Qué le parece mi novia? ¿Es pa perder los frenos, o no?

—Sí que es guapa.

—Muchas gracias—dijo Teresa conmovida de encontrar gentes que la quisieran con lealtad.

—Aquí estaría como en tu casa.

—Como en su casa no, que por algo se ha marchado—dijo Paco.

—De eso, no hay ya que acordarse más. Ahora a vivir tranquila hasta que os caséis. Ven que te enseñe tu habitación.

Y fueron a mostrar a Teresa el cuarto modesto, pero que olía a limpieza y a salud, que en lo sucesivo debería ocupar.

Mientras tanto, don Quintín y Sefini fueron en taxi a la casilla, penetrando en ella y encontrando a Nicasio que estaba en compañía de su amigo Fidel.

—¿Es usted Nicasio Baños?—preguntó don Quintín quitándose cortésmente el sombrero.

—Sí, señor—respondió con amabilidad.

—Pues yo vengo aquí a buscar a una hija que dejé abandonada en esta puerta hace veinte años.

—¡Arroa! Entonces, ¿ustedes son los padres de la criatura?

—¿Cómo ustedes?—protestó Sefini.

—El señor sólo...

—Hombre, yo por no hacer de menos a ninguno...

—Buena, buena. ¿Y esa niña, vive?

—preguntó don Quintín con ansiedad.

—Vive.

—Y está... ¿Está todavía con ustedes?

—Está con nosotros—respondió campechano y pensando que tal vez la fortuna se le entraba por puertas adentro.

—¡Vamos, hombre!—dijo don Quintín lanzando un suspiro de satisfacción— Ya era hora que tuviese una alegría en este mundo. ¡A mis brazos, Nicasio! ¡Sefini, he encontrado a mi hija...! ¡Vamos...! ¿A qué se puede convidar aquí?

—Como no sea a billetes de 25 pesetas... En una casilla de peones...

—¿Dónde está la niña?—continuó don Quintín nervioso sintiendo el dulce anhelo paternal— ¡Tengo un afán por verla! ¡Quiero resarcirme con su cariño de todas las amarguras que he sufrido!

- Pues se resarcirá usted.
—¿Es guapa?
—La cara de usted.
—¿Usted la quiere?
Mintió de modo descarado.
—La he mimao como a una hija.
—¡Llámelas... Llámelas en seguida!
Acomóse a una puerta y gritó:
—¡Tere! ¡Tere!

Por fin aquella muchachita iba a darle una gran alegría. Porque don Quintín sería generoso y ya en los brazos de su hija no vacilaría en abrir la cartera y pagar generosamente sus cuidados. En aquel momento no se acordaba el ladino de los golpes, de los malos tratos, de la brutalidad con que día tras día había tratado a la niña sin amor, acogida para explotarla.

Don Quintín sonreía de todo corazón. ¿Qué hora tan dulce! ¿Cómo sería la hija? ¿Se parecería a él? ¿A la madre? ¡Oh!, el amor paternal, contenido durante tantos años, como algo imposible, se desbordaba con verdadera emoción haciéndole gozar y sufrir al mismo tiempo.

Pero en aquel momento irrumpió, jadeante, una vecina, la tía Casi, una mendiga de los caminos.

—¡Ay, ay...! ¡Qué desgracia tan grande!

Todos la rodearon inquietos.

—¿Qué te pasa, mujer?

—¡Ay, esa chica...!—decía con grandes aspavientos.

—¿Qué te pasa a esa chica?—gritó Nicasio, aterrado.

—Pues... estaba yo en la casilla de Fabián y pasa un auto que venia disparao y de que me vè, se para, y la Teresa, que iba dentro, me ha dicho que pa que no la maltrate se iba para siempre de tu lado.

Nicasio lanzó una maldición, mientras don Quintín, que había comprendido la verdad, levantó el paño, dispuesto a vengarse cumplidamente del hombre que había sido un verdugo para Teresa. Pero Nicasio echó a correr, aterrizado y don Quintín maldijo la mala estrella que le robaba la hija precisamente cuando intentaba recobrarla.

...

El colmado estaba vacío desde que don Quintín, molesto por determinado cuplé, había ahuyentado a la clientela. Saluquí, el camarero, se divertía simulando que el establecimiento estaba lleno de gente y figurando servirla.

Entraron Sefiní y Angelito. El café estaba vacío. Viendo la extraña actitud del camarero, le miraron sorprendidos.

—Oye tú, Saluquí, ¿Hay mesa para nosotras?

—Parece...

Sefiní se echó a reír.

—¿Las oposiciones las están haciendo pa Leganés o pa Ciempozuelos?

El camarero se señaló la cabeza.

—No créé que estoy... Es que como desde que don Quintín echó a la clientela porque le gusta tomar el café solo en toda la extensión, no viene nadie aquí y no quiero desentrenarme, ¿sabe usté?... Y de cuando en cuando, me estoy media hora sirviendo en el vacío pa no perder la costumbre.

—¡Ah, vamos!

Tomaron asiento y Crótido, el dueño, se acercó a la mesa.

Crótido no lamentaba demasiado la

ausencia de clientes, pues don Quintín le resarcía con una indemnización.

—¡Hola, tobilleritos! ¿vais a tomar algo?

—A mí hágame el favor de un poco de agua pa una medicina—dijo Angelito.

Le sirvieron el agua y Angelito sacó un frasco cuenta gotas y echó unas cuantas en la copa.

—¿Qué medicina tomas?—le preguntó Crótido.

—Un recalcitrante cardíaco. Dos gotas de canguelina boricada. Estoy que me dan unas sacudidas...

Sefiní explicó:

—Estamos que no vivimos, señor Crótido.

—¿Sigue fiero don Quintín?

—¿Cómo fiero? Antes no mordía más que objeto inanimado, pero desde que se le ha escapado la hija, no hay día que no mande algún ser viviente al hospital.

—¿Aun no habéis dao con ella?

—Por ninguna parte. Pa que nos deje tranquilos le hemos dicho que se ha marchado a América.

—Pero, ¿la habéis buscado bien?

—No nos ha quedado nada por encucillar ni en el radio ni en el extraradio.

—¿Habéis mirado en la posada del Pelme?

—Púa a púa, hombre—siguió contando Angelito—. Si yo he mirado hasta dentro del caballo de la plaza Mayor, a ver si estaba allí...

—¿Y por dónde has mirado?

—Por detrás de Don Felipe pa no molestarlo.

En aquel instante entró Don Quintín. Inmediatamente todos enmudecieron sobrecogidos por la presencia de aquel hombre que estaba más amargado que nunca, con un humor de todos los demonios, desde que había desaparecido la hija. ¡Maldito mundo y maldita estrella la suya! ¡Cuando quería tener a su hija, lavar su pecado con el perdón y el amor, la fatalidad le llevaba a apartarle de Teresa!

Crótido se llegó a él, casi temblando.

—¡Buenas, Don Quintín! Ya me han dicho éstos que la clica...

Don Quintín se sentó a una de las mesas y respondió con la expresión sombría y meditabunda.

—¡Ha huido a América! ¡Donde pongo las manos, una maldición! Y esta sombra negra, ¿por qué? ¡Si se partiera el mundo a cachos! ¡Maldita humanidad!

—Pa consolarlo, están los amigos,

Don Quintín—se atrevió a decir Sefini.

El aludido les lanzó una mirada de desprecio.

—¿Amigos? Nunca encontré un cariño verdadero, ni amistad leal, ni gratitud sincera...

—Pues nosotros...

—Vosotros...—y la voz le temblaba de indignación al hacer aquella disociación magnífica de sus camaradas—. Tú, Sefini, tú eras un matón que cuando yo tenía casa de juego, me prestaste el valor por un mendrugo.

—¡Don Quintín!

—Y tú, Angelito, un perro que viene detrás de mí por el hueso que le arroja.

Angelito protestó con energía:

—¡Eso no es verdad, qué caray! ¿Qué gano yo a su lado de usté? Le sigo porque le tengo ley.

Don Quintín no replicó. La espina del dolor paternal se clavaba en él para hacerle mucho daño. Una idea fija le atenazaba: la hija, el amor perdido y único, buscado con afán ante las perspectivas de una vida ya vieja y que siente a su alrededor el frío de los amores y las amistades interesadas.

—Si yo supiera a qué parte de América se ha ido, mañana me embarcaba para buscarla—dijo con melancolía.

—Vaya usted a saber—contestó Angelito—. A lo mejor a estas horas está paseándose por Nueva York.

—¿En Nueva York, qué?—dijo Crótido.

—En New York City, hombre. ¡Nos ha fastidiado!

Y mientras ellos continuaban departiendo en la taberna y mirando con respeto y temor a aquel Don Quintín que lo había perdido todo, Teresa esperaba a su novio en la Plaza Mayor en donde Paco la había citado para darle una gran sorpresa.

La sorpresa fué realmente extraordinaria, pues junto a ella se detuvo un taxi nuevécito, elegante, que era conducido por Paco.

—Paco, ¿pero qué es esto? — preguntó.

—¿No te dije que te iba a dar una sorpresa?

—Pero ¿es tuyo?

—Y tuyo—respondió con afán—. Unos cuartejos que tenía ahorrados y algo de crédito que tíe uno y ya ves, propietario de esta pocher aerodinámica, último modelo.

—¿Qué bonito es!

—Aun no has visto lo mejor.

Y abriendo las portezuelas, continuó con legítimo orgullo:

—¡Fíjate! To forrao en cauchotela, imitación cocodrilo. Dos estrapuntines. Su cartelito de "Por razones de higiene", etc., cernaltao a fuego y un par de asientos hechos a la medida pa llevar a unos novios a que se casen. Anda, monta, so propietaria, que vamos a celebrar la compra y el próximo enlace.

Subió Teresa y el coche partió a toda

velocidad, deslizándose suavemente sobre la calzada. Lo orgullosos que iban en él. Aquello era como un anticipo de la felicidad que les esperaba, de aquella vida de casados que anhelaban realizar cuanto antes.

El coche se detuvo casualmente ante el colmado de Crótido, muy afamado en Madrid, y los novios penetraron en él, instalándose en una mesa, lejos de la de Don Quintín y sus amigos.

¡Las cosas de la vida! ¿Cómo podía suponer Don Quintín que allí cerca, a pocos pasos, estaba aquella hija ansiosamente buscada y que su imaginación la hacía ver lejos, pasado el mar, a millares de kilómetros? ¿Cómo podía pensar nunca en un regalo, en una sorpresa semejante?

Teresa, sonriente, extendió la mirada por el local, donde reinaba una soledad espantosa.

—¡Qué poco personal!

—Mejor, ¿pa qué quieres tumultos?

Crótido dijo, asustado, a Saluquí, pues conocía la orden terminante de Don Quintín de que allí no entrase nadie:

—¡Mi madre! ¿Qué han hecho estos desgraciados?

Don Quintín recogió la frase y miró a los tortolos. Una sonrisa entre irónica y triste iluminó su rostro.

—¿Hombre! ¡Una parejita!

—Verás qué tranquilos comemos aquí —decía Paco a su novia—. Este en-

nero tiene fama. Te vas a chupar los dedos. Es decir, yo te los chuparé pa que no te molestes.

—¡Calla, tonto!

—¡Y se ponen melosos y todo!—continuó Don Quintín—. Mira por donde me voy a divertir esta noche.

Crótido murmuró al oído de Saluquí:

—¡Me dan lástima! ¡Mira a ver si consigues que se vayan!

Dióse cuenta Teresa de que estaban hablando de ellos y un poco extrañada indicó a Paco:

—Oye, fijate cómo nos miran aquellos señores.

—Es natural; díran: Vaya parejita; ella, guapa; él, gurboso.

—¡Postinero!

Saluquí se había acercado a ellos.

—¡Buenas noches!

—¡Hola, camarerita! Mira qué camarero tan simpático, Teresa.

Un poco nervioso Saluquí continuó:

—¿Qué van a tomar? ¿Una servelita pa irse corriendo al teatro?

—Sí venimos a cenar...

Saluquí miró de reojo a Don Quintín que tenía una expresión de esfinge. ¡La que se iba a armar si seguían allí!

—Es que no se si sabrán usted que hemos cambiado de cosinero.

—¿Qué más nos da?

No había modo de sacarlos. Que fuera lo que Dios quisiera.

—Bueno: pué llerito. ¿Qué va a se?

—Pues primero, pa hacer boca, te traes media de Rioja y una docena de pájaros fritos.

—¡Volando!

Don Quintín, que había estado escuchando, comentó, a tiempo que hacía unas bolitas con migas de pan:

—A éstos les amargo yo la noche.

Nuevamente Teresa sintió cierta inquietud ante la mirada poco tranquilizadora que le echaban los escason concurrentes.

—Oye, Paco, que aquellos señores siguen mirando y riéndose.

—Que les habremos caído en gracia—contestó Paco sin dar mayor importancia.

Saluquí llegó con la pedido.

—Aquí está esto. Pero de prisa, ¿eh?

—¿Y por qué de prisa?—observó Paco con extrañeza.

—Vana, quiero decir que cuanto ante.

—¡Mi madre!—exclamó Paco llevándose rápidamente una mano a un ojo.

Teresa preguntó:

—¿Qué ha sido?

—Que creo que me han tirado con algo.

Sefin y Angelito se reían de la broma de Don Quintín que había tirado una bolita de pan.

—¡Blanco!

—¡Qué puntería!

Las risas, burlonas, insultantes, llegaron a oídos de Paco que no era hombre capaz de resistir aquellas bromas.

—¡Maldita sea!

E intentó levantarse, pero Teresa, asustada, se lo impidió.

—¡Déjalos, Paco! ¡Lo que debemos hacer es irnos en seguida!

—Es que si nos vamos se nos van a mirar encima. ¡Demonio!

Otra miga acababa de darle en la cara.

—¿Qué hace un hombre? ¿Me voy a jugar la vida por una miga de pan?

Don Quintín tenía ganas de pendencia y era correado por sus amigos con excepción de Crótido, el dueño, cada vez más apesadumbrado por lo que ocurría.

—A ver, Saluquí—dijo con retintín—. ¡Una de rifones para un parroquiano!

Sefini con voz lo suficientemente alta para que llegara a oídos de Paco, comentó:

—Hay sujetos que les tira usted una tahona en bolitas y se la tragan.

Paco volvió a encolerizarse, ante la burla.

—¡Paco, desprécialos!—suplicó Teresa cada vez más asustada—. ¡Anda, vámonos!

De haber estado solo, no hubiera transigido con la broma, pero no quería disgustar a la novia.

—¡Cóbrate!—dijo con desdén dando un billete a Saluquí—. ¡Qué asco, Teresa! ¡Lo que ocurre es que me ven contigo! ¡Golfos! ¡Vámonos!

Se levantaron, pero Don Quintín quiso rematar la broma tirándoles una aceituna que vino a dar esta vez en el rostro de Teresa.

Instintivamente dió ésta un grito y se llevó la mano al rostro.

—¡Ay!

—¿Qué ha sido?—dijo Paco.

—No, nada...

Pero la indignación al ver maltratada a su novia pudo más que sus deseos pacíficos... Esto ya no lo toleraba él... Había que castigar a aquel sujeto insolente y odioso.

—Sí, ahora te han dado a ti. Miralo, con esta aceituna—añadió guardándose-la en un bolsillo.

El camarero le devolvió el cambio.

—¡Tré duro que sobran!

De un manotazo los echó al suelo.

—¡Tíralos! Anda, vámonos a la calle. De prisa.

Y tomándola por el brazo y sin volver la cabeza hacia el grupo, desapareció con Teresa que casi lloraba... mientras don Quintín y sus amigos estallaban en una risa brutal.

Don Quintín distraía el dolor de su vida con aquellos gestos de maionismo, aprendidos de cuando tenía la casa de juego. Ahora no trabajaba, viviendo del producto de sus rentas. En el fondo sus burlas carecían de malicia y sólo eran hijas del deseo de molestar, de aburrir, de que los demás tuvieran una

vida como la suya, amargada y de constante contrariedad.

—¿Habéis visto? — comentó satisfecho de su hazafia.

Crótido protestó:

—A mí no me ha hecho ninguna gracia, don Quintín.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Que no me la ha hecho, ex! ¡La broma ha tenido muy mala pata! Hacer eso rodeado de amigotes con un pobre chico que va con una mujer, no es valar ni es nada.

—Oye, tú, eso lo hago yo con ese y con...

Pero no pudo terminar la frase porque en el umbral apareció Paco, que estaba pálido y con una luz de rencor en la mirada. Llevaba una mano metida en el bolsillo de la americana. Don Quintín frunció repentinamente el ceño.

Avanzó Paco hacia el grupo y acercando del bolsillo la aceituna, se la presentó a don Quintín.

—¿Ha sido usted el que le ha tirado la aceituna a la joven que venia conmigo?

Don Quintín no era cobarde. Nunca nadie le había causado miedo. Tomó la aceituna, la miró, la olió y muy serenamente repuso:

—Sí, señor.

—Pues se la va usted a comer. ¡Ahora mismo!

Don Quintín miró a los ojos de Paco

que tenían una expresión de furiosa cólera. Rápidamente el joven ocultó la mano en el bolsillo de la americana como si fuera a empuñar un revólver. La expresión de Paco era tal, que don Quintín, tranquilamente también y sin perder lo más mínimo su dignidad, sin gestos de miedo ni vacilación alguna, como la cosa más natural del mundo, se comió la aceituna.

Sefni estaba asombrado y Angelito intentaba disimuladamente irse, presintiendo una pelea fantástica.

Irónico todavía, indicó casi con elegancia:

—¿El hueso no querrá usted que me lo coma?

Paco le miró con desprecio y viendo a Angelito que temblaba estúpidamente, contestó:

—El hueso se lo va a tragar ese señor que se va.

Y dió el hueso a Angelito que ante las circunstancias no tuvo más remedio que tragársela.

—¡Y esto pa usted! — agregó Paco castigando a Sefni al tirarle a la cara un doble que había sobre la mesa — ¡Y ahora, buenas noches!

Y sereno, garboso, con paso seguro, abandonó el colmado ante el asombro de aquellas gentes que encontraban a un verdadero hombre que sabía castigar las inconveniencias.

Don Quintín intentó justificar su conducta:

—Ese venía por mí. ¡Si no me la como, me mata! Había que pararle la acción. Pero yo daré con él. ¡Por éstas!

Angelito aparecía amostazado y hacía extraños visajes.

—Pero a ti, ¿qué te pasa? — le preguntó Sefini.

—Nada, lo de siempre. Que me ha tocado a mí el hueso.

Siguió haciendo grandes esfuerzos como si el hueso se le hubiese atragantado.

Don Quintín no quiso hablar ya más del asunto. Había jurado vengarse y lo haría. Aquel mazo bien portado sabría pronto lo que era ponerse contra él. Y meditando planes de venganza se despidió de sus amigos y salió.

...

Unos días después, Sefini y Angelito, viajaban en un autobús del servicio público, observando por la ventanilla a los transeúntes.

—Yo ya me voy cansando de buscar a ese tío por tío Madrid sin resultado.

—Como que si no fuera porque me hizo tragar el hueso yo habría abandonado ya esta busca. Además que cualquiera le va a don Quintín a decirle que desistiese de buscarle.

—¡Qué tío! ¿Te has fijao cómo está?

—¡Hambre!... ¡Muerde, araña y cocea!

El autobús se detuvo y Angelito se dispuso a descender.

—Bueno, yo me quedo aquí para in-

peccionar los puestos de taxi de este barrio a ver si está el tío de la acotina.

—Y yo voy a hacer lo mismo a la Princesa. ¡Abur!

Al descender del estribo a la calle tropezó Angelito con una muchacha, Felisa, que se disponía a subir.

—Usted perdona.

—No hay de qué. Pero...

Acababa de reconocer al hombre que había ido semanas antes a su casa con una extraña pretensión. Angelito la reconoció también.

—¿Es usted?

Con sal y gracia madrileñas, repuso sonriente:

—¡Es un cacho!

—¡Qué casualidad! ¿Y qué hace usted en Madrid?

—Estoy sirviendo.

—¡Qué suerte tienen algunos! Mira que estar servidos por esas manitas.

—Veo que no ha cambiado usted.

—Oiga, que se va el autobús—dijo Angelito viendo que el coche emprendía la marcha sin esperar a Felisa—. ¿Dónde va usted?

—A la Moncloa, a un recao.

—Pues se la invita a taxi y así hablamos por el camino.

Y como que Angelito le era simpático y ella era joven y sentía también en el alma el ansia de tener novio, como algunas de sus compañeras, un novio fino y dicharachero, respondió:

—¡Aceptao!

Felisa, cansada de los golpes de su padre se había puesto a servir en una casa de Madrid. Y era feliz en su nueva colocación.

Ya en el taxi, Angelito le olvidó todo para pensar sólo en aquella mujercita guapa y olorosa que tenía al lado y que le volvía turlato.

—Como que na más entrar en la casa y verla a usted noté una cosa así como si me hubieran tirao un ladrillo a la cabeza. ¡Y era el flechazo!—explicó sonriente.

Suspiró ella hablando como una niña moderna.

—Es que... claro, vale más tener sexo

appel, que ser guapa. Mi estilo tira a lo Marlene Dietrich.

—¿Sigue pensando en el séptimo arte?

Felisa hizo un gesto de indiferencia.

—No. Ya he desistido porque aquí en España está eso muy mal todavía y de Hollywood no la llaman a una tan fácilmente. Ahora estoy tomando lecciones de canto, a ver si puedo debutar como eufonista.

—Miro usted qué casualidad. Precisamente conozco yo a uno que tiene un cabaret con atracciones. Si usted quiere le hablo.

—No deseo otra cosa—contestó Felisa doblemente ilusionada por su aspiración a triunfar en la escena y por el amor que la llevaba a Angelito—. Desde hoy es usted mi manager, ¿hace?

—Ruhriendo. Si no debuta usted antes de un año, me dejo cortar una oreja.

—¿De veras?

—Eso es cosa hecha. Ahora—añadió—, vamos a hablar de la comisión. ¿Le parece a usted excesivo un beso ahora y otro al firmar el contrato?

Angelito no perdía el tiempo y Felisa sonrió, vacilando en contestar. En aquel momento se oyó un maullido y Angelito pensó que ella contestaba con aquel sonido que equivalía a un: ¡Que te crees tú eso!

—No maullees usted que no es mucho pedir.

—Pero si ya no he maullau...

Al oír otro maullido se miraron con sorpresa. Angelito buscó detrás del asiento y vió una gata con seis gutilos. Se echaron a reír.

—¡Qué hermosa es la maternidad!— dijo Angelito.

Y cogió una mano de Felisa besándola con dulzura mientras ésta bajaba castamente los ojos...

Sefini había ido a un bar donde se encontraba don Quintín y al que dió cuenta de lo infructuoso de sus gestiones.

—Tú no buscas con interés, Sefini— dijo don Quintín que anhelaba lavar la ofensa que aquel jovenzuelo había inferido al poder absoluto de su autoridad.

—Que sí, don Quintín. ¡Se lo juro por la salud de mi madre!

—Pues entonces es muy raro que no hayamos dao con él.

—Yo he recorrido todos los puestos de taxi de Madrid.

—Poes hay que dar con él, cueste lo que cueste. Matar a ese hombre que me afrentó es la única ilusión que me queda en la vida. ¡Conque ya lo sabes!

Era en efecto su único deseo vengarse del ofensor. Su paternidad se había visto truncada. No podría volver a ver a aquella hija tan inicuamente abandonada y que se encontraba en América... ¡Oh, si él supiera el lugar fijo! Iría a buscarla, a caer a sus pies, a pedirle

su perdón y su cariño. ¡Estaba tan triste solo!

Tan descosido se hallaba de vengarse que el mismo don Quintín se dedicaba a inspeccionar por calles y plazas de Madrid todas las paradas de taxi. De su agresor sabía únicamente que era chofer... y no quería dejar de verle. Un día u otro habría de dar con él.

Aquella tarde estaba observando cuidadosamente una de las paradas, precisamente aquella en la cual tenía Paco su puesto. El taxi de Paco estaba en primera fila y Paco iba sentado al volante.

Cuando don Quintín estaba ya casi llegando a él, vino un cliente y tomó el taxi de Paco. Cuando partió éste, descubrió don Quintín que era el de su agresor, el del hombre que andaba buscando a la desesperada por todo Madrid. Y el pájaro se le escapaba cuando lo tenía a su alcance.

¡El, el hombre odiado! Precipitóse hacia el taxi siguiente y gritó:

—¡Diez duros si alcanzas el taxi que va delante!

El auto en que había montado don Quintín era muy viejo. El chofer intentó inútilmente ponerlo en marcha. Algo se había inutilizado. Flenáticamente bajó y abrió el capot para arreglar el magneto. Don Quintín estaba impacientísimo viendo cómo se le escapaba su presa.

—¡Bueno! ¡Hay para mucho rato?

El chofer, que era un hombre viejo, de aspecto beatífico, como un viejo cochero de caballos, contestó:

—Un cuartito de hora, nada más.

Don Quintín bajó airado del coche, se acercó al chofer y cogiendo el capot lo dejó caer sobre el hombre, que estaba manipulando en el motor. Y lo dejó debatiéndose en aquel cepo improvisado, mientras veía con tristeza como Paco había desaparecido sin que él le hubiese echado mano.

De malísimo humor volvió a su casa y habló luego con Sefini y Angelito que iban a darle cuenta de la inutilidad de sus pesquisas.

Pero don Quintín insistía.

—Hay que encontrarle, Sefini. Necesito matarle como a un perro.

—Pero, hombre, don Quintín, ¿Aun no le ha pasado a usted el rencor?

Don Quintín respondió mirando las palabras con el odio que le llenaba el alma.

—¿Pasarme el rencor? Aun no hace dos meses que sufrí esa humillación y esas cosas no se olvidan aunque pasen diez mil años. La tengo clavada aquí como un clavo de fuego. Hasta que no lo mate, no puedo vivir tranquilo. Hay que encontrarlo, sea como sea. ¡Buscad con cien ojos! ¿Que yo dé con ese hombre! ¿Habéis oído?

Pero Angelito, que tenía otros planes —amor, dulce cómplice— renunciaba a la persecución. ¿Para qué exponerse

por una estupidez a perder el fiasco tan apreciado por su última conquista?

—¡Pues conmigo no cuente, ea! — se atrevió a decir con resolución.

Don Quintín, acostumbrado a que su voluntad no se discutiera, se revolvió hacia él amenazador.

—¿Cómo?

—Que a mí no me da la gana de buscarle la perdición a un muchacho que tenía más razón que un santo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Es que te vas a poner en contra mía?

—Sí, señor — dijo, ya cansado de aguantarlo—. Que si usted es un costal de hiel, con su pan se lo coma. Pero eso de querer matar a traición a un hombre honrado...

Don Quintín le miró ferozmente e hizo además de buscar un arma que no llevaba. Sefini se abalanzó sobre él, sujetándole, temiendo un drama entre amigos. Angelito aprovechó el momento para ganar la puerta y huir. Pero don Quintín de una sacadida brusca consiguió desasirse y salió en persecución de Angelito. Sefini asustado abrió el balcón y desde allí vió como don Quintín conseguía alcanzar a Angelito al que propinó una paliza de órdago. Puestas las manos en la cabeza Sefini se retiró del balcón y abalanzándose hacia el teléfono marcó un número.

—¿Es la casa de socorro?

Era lo único que se necesitaba en aquel momento en que Angelito estaba viendo las estrellas.

• • •

La vida comienza mañana, ha dicho un novelista. Y este mañana en que Teresa y Paco soñaban para casarse y vivir una dicha íntima y dulce, se había convertido ya en hoy. Eran marido y mujer ante la ley y ante la iglesia. Una eterna luz de sol les rodeaba y les hacía mirarse a veces con ese miedo instintivo que los hombres tienen de perder la felicidad.

Vivían en casa de la tía de Paco. En medio de la sencillez de aquel hogar, todo allí era alegre, con cortinillas de colores, macetas de flores y una luz que penetraba inundando hasta los rincones.

Habían pasado algunos meses y Teresa esperaba un hijo. Aquel mediodía, la tía estaba cosiendo unas ropitas infantiles mientras Teresa regaba las plantas.

Sonó el timbre de la puerta y Teresa fué a abrir. No había nadie, pero en el suelo, a sus pies, había un papelito. Lo recogió con cierta inquietud y lo leyó. Una sombra de alarma cruzó como un mal agüero por su rostro.

—Otro anónimo y van cuatro.

La tía, pedazo de pan, la tranquilizó:

—No hagas caso, mujer.

—Algo habrá cuando nos advierte con tanta insistencia que tengamos cuidado, que el tío aquel quiere matar a Paco.

—Mujer, después del tiempo que ha pasado desde la broma, ya se le habrá olvidado la ofensa. Esos anónimos te los escriben pa amargarte la vida. Alguna buena amiga...

Pero Teresa estaba pensativa, preocupada. Era tan feliz que tenía miedo que algo rompiera el cristal de su vida... ¡Todo es tan frágil, tan débil en la vida humana!

—Esos matones son muy vengativos. Es la única nube que tengo en mi alegría. Me parece que le veo en todas partes con aquella mirada de pañal.

—Vamos, mujer, no seas tonta. Ahora te hace falta estar tranquila. Piensa en lo que va a venir. Esto es lo único que debe preocuparte.

Teresa sonrió y tomó el abrigo de niño que las manos viejas de la tía, manos de abuela también, estaban arreglando. Apretó las ropas contra su co-

razón. ¡Sueños de madre futura inolvidables! Pensamientos para el hijo que ya está en la vida sin estarlo. Amor que ama al hijo sin conocerlo, adorando su alma, su sustancia, su vida ignota. ¡Inmenso amor!

Volvió a regar la clavellina y su tía comentó con ilusión:

—Y que ya está bien cerca. Cuando florezca esa clavellina que estás regando, tendrás ya un retoño seguramente.

No se equivocó la anciana. Meses más tarde, al llegar la primavera, florecieron en las macetas unos claveles blancos y floreció en el hogar un niño, hermoso, blanco de lux, fino y robusto. El hijito adorado que hacía conocer a Teresa el verdadero objeto de la vida de la mujer y hacía pensar a Paco que hasta entonces su existencia había sido absolutamente estúpida, que solamente con el amor de la esposa completado ahora con el amor paternal, hallaba un ideal en su camino.

Miraban embelesados al chiquillo que a la sazón tenía unos pocos meses y luego se contemplaban a sí mismos, orgullosos de ser padres de aquella flor humana tan graciosa.

—¡Tere de mi vida!—decía él, radiante de amor.

—¡Paquete de mi alma!

—Ya ves—dijo él siempre dicharachero—, tenías un Paquete na más y te has encontrado con un Paquete y un Paquetito.

—Un paquete de sal y un paquetito de gloria.

—¡Gitana! ¡Mira qué ojirris más ricos!

Y acariciaba al niño que iniciaba una de esas sonrisas que a veces hacen llorar.

—¡Chalao!—le dijo Teresa—. Oye, no mexas al niño tan fuerte, que se va a creer que se ha robido a un columpio.

—¡Ven aquí, chata mía! ¿Me quieres?

La tenía en brazos, la besaba. Tenía para ella la misma ilusión que el primer día.

—Como no lo soñaba, Paco—contestó severa, porque todo su pasado era como cosa muerta.

—¿Estás contenta?

—Como ninguna.

Pero de pronto ensombreciósele el rostro.

—Si no fuera por esa inquietud que no me deja.

Paco se echó a reír.

—¡Ah! ¿Ya estamos con la canción de siempre?

—No, Paco, no es la canción de siempre. ¿Por qué íbamos a aquel restorán?

—¡Pero no seas necia, crístura! ¡Pa chasco que viniera a inquietarnos a nosotros el tío aquel después del tío-

po que hace! Y yo no iré a buscarlo, pero si él quiere venir, déjalo, que ya nos veremos. ¡Ay! ¿Has oído?

—¿Qué?—dijo atolondrada.

—El crío que ha hecho un ruidito que parecía decir: Ustedes descansen.

—Sí, lo he oído. Pero el que habrá descansado habrá sido él.

Y siguieran bromeando, felices en su sencillez, en la dulce mediocridad que ya Horacio cantaba como la dicha suprema de la vida.

Aquella madrugada terminada la función, salían de un cabaret de modesta categoría, varios clientes. Angelito esperaba en la puerta. Parecía muy satisfecho y vestía con cierta elegancia. De pronto vió venir por la acera a Sefini que al reconocerlo le llamó con alegría.

—¡Angelito!

—¡Sefini!

—¡Veo a mis brazos! Tanto tiempo sin verte. ¿Qué haces aquí?

Llevaban bastantes meses sin verse, pues Angelito había abandonado las tertulias de don Quintín para vivir en rancho aparte. Nada quería saber de aquella vida de antes, pero de todas formas siempre sentía una predilección especial por sus antiguos camaradas.

Angelito se explicó.

—Estoy esperando a mi novia que va a trabajar aquí y ha venido a hablar

con el empresario. La habrás oído nombrar: La Perla de la Ribera.

—Sí, hombre, ya lo creo.

—Pues la he lanzao yo.

—Enhorabuena. Pero dime, ¿y ese patinete, para quién es?

Angelito explicó con gran misterio:

—Verás, es que desde aquel día que el salvaje de don Quintín me hizo aquella fractura comminuta en este pie, quedé imposibilitao pa correr. Y como ha jurado que donde me vea me exterminia, pues me he agarrao a este patinete de mi sobrino y de que vislumbro a ese bestia, encaramo en él el pie lesionado y arreo a una velocidad que tengo que pedirle paso a los aerodinámicos.

—Es ingenioso.

—Y a propósito, ¿cómo sigue esa fiesta?

—Pues más obsesionao cada vez. Di-

ce que si no mata al de la aceltuna, no se muere tranquilo.

—¡Qué canibal! Pues mira, cualquiera que no lo sepa y que por casualidad le regale un barrilito, ha hecho las Pascuas.

—Pero, hombre, si a ese que va pregonando por las calles "Lías, lías", ya le ha pegao dos veces.

—Y tú, ¿cómo le resistes?

—A fuerza de tila y porque me da un poco de lástima. No le queda ya más amigo íntimo que yo, que no le puedo ver.

En aquel momento se acercó Felisa que iba vestida con un lujo grotesco de querer y no poder. Lanzada por Angelito conocía ya el fervor de los públicos ingenuos.

Angelito la amaba de verdad y ella se sentía "chalada"—como hablaba en su lenguaje—por aquel muchacho simpático de buen parecer y mejor corazón.

—Mira, aquí está la "vedette"—dijo entusiasmado—. Este es Sefini, el amigo de don Quintín.

Se saludaron cordialmente.

—Tantisimo gusto... Ya sé que ha triunfado usted en toda la línea.

—He debutao hace poco—contestó alegremente—. Pero ya me avisan pa las fiestas de la aristocracia.

—¿Y qué hace? ¿Canta?

—Canto y bailo. Hago un espectáculo muy completo y muy artístico.

—Bueno, pues ya vendré a verla un día de estos.

—Venga usted mañana domingo que debuto y además tengo una canción con letra de Angelito.

—No faltará—se apresuró a manifestar Sefini.

—Oiga usted, ¿Y de Teresa no ha vuelto a saber nada?—preguntó Felisa, que estaba enterada de que don Quintín había estado buscando con verdadero afán a la muchacha.

—Como si se la hubiera tragao la tierra.

—¿Qué habrá sido de ella? La ilusión de mi vida es volver a verla. La quiero como a una hermana.

Angelito cambió de pronto de color y mirando con fijez hacia el final de la calle, exclamó con verdadero espanto:

—¡Es él! ¡Mi madre!

Vieron avanzar a don Quintín que tenía un aspecto sombrío, habiéndose en estos tiempos acentuado el carácter pesimista y el amargor en él tan peculiar. El pecado de su vida, el abandono de que había hecho víctima a su hija, el pecado que no podía lavar, devolviendo bien por mal, le sumía en dolorosas preocupaciones. La existencia le parecía estúpida y odiosa y lo mismo le daba matar que morir. Por esto había jurado no descansar tampoco hasta encontrar a aquel chofer que le ofendió y al

que quería castigar severamente... Vida aburrida, solitaria, agitada por los remordimientos, sin ninguna paz, pues había prometido a María cuidar de Teresa y Teresa estaba lejos y tal vez no la volviera a ver...

Al verle, Angelito, que recordaba todavía la paliza de otro tiempo, montó

en el patinete y desapareció con toda presteza. Felisa salió tras él, sin demostrar demasiado enfado y como acostumbrada ya a aquellas huidas repentinas. Y don Quintín pasó de largo sin darse cuenta de lo ocurrido, sumido en la eterna preocupación de un castigo que no obtenía perdón...

...

Todas las mesas del modesto cabaret estaban ocupadas. Era noche de sábado, bulliciosa y alegre en que la vida adquiere un sentido de optimismo y esa luz de víspera de fiesta que parece brillar de modo diferente a la luz de los días restantes.

En una de las mesas estaban Teresa y Paco. Este se hallaba pagando al camarero, pues era muy tarde ya y no podían abandonar por demasiado tiempo al niño.

— Podíamos esperar un poco — dijo él, que se encontraba bien en el local.

— No — contestó Teresa con ese afán maternal único —, que ya es la hora del chico y sabes que no le gusta esperar.

— Pero media horita...

— El estómago es sagrado, hijo.

El público rompió en un aplauso. Felisa, convertida en La Perla de la Ribera, vestida de cubana, con el rostro maquillado de mulata, acababa de subir a escena. Se había estado arreglando largo rato en el camarín. Empezó a cantar y a bailar una rumba. Angelito, más enamorado de ella que nunca, la contemplaba desde bastidores.

Teresa y Paco permanecieron todavía allí unos momentos. Teresa no había reconocido en aquella cupletista cubana, de piel de bronce, sensual y perlina, a la hermana Felisa, que había compartido con ella la intimidad de tantos años juntas. ¿Cómo iba a suponer nunca que La Perla de la Ribera fuera la loca so-

fiadora que quería emular a las primeras bailarinas?

En cambio Felisa la reconoció en el acto. Durante unos segundos permaneció inmóvil como sobrecogida por la emoción. ¡Teresa allí! Pero sin olvidar que se encontraba en las tablas continuó su danza evocadora de los ingenios cubanos, en la caída de la tarde tropical, respirando un polvillo de azúcar.

Danzaba y su imaginación seguía a la pareja que se alojaba del escenario. ¡Teresa, la hija de don Quintín, la mujer buscada por tanta gente, allí cerca! De buena gana hubiera dado un grito para que no la dejaran marchar.

Avanzó en los giros de la danza hacia bastidores y desapareció un momento del escenario y dijo a Angelito:

—¡Por Dios, Angelito, ve a la sala y sigue a la pareja que va a salir a la calle!

Y sin esperar respuesta, Felisa siguió el baile avanzando de nuevo hacia las candilejas, mientras Angelito quedaba boquiabierto y sin comprender. Con los ojos preguntaba a Felisa qué quería decir aquello, pero un rabioso gesto de ella que acentuaba el ritmo dialocado de la rumba haciendo reír al público, obligó a que Angelito cumpliera lo mandado y se dirigiera a la sala en el preciso instante en que la pareja tomaba la puerta de salida.

Sin entender lo que sucedía siguió

tras ella y al reconocer a Paco que se ponía el sombrero y el abrigo en el guardarropa, su rostro se llenó de estupor.

Era el chulez, el sujeto que tantas veces habían perseguido, el enemigo implacable que le quitaba el sueño a don Quintín. Este, como un caballero antiguo, necesitaba exterminar a su contrario. Y ahora Angelito lo tenía allí por la indicación, todavía para él incomprendible, de Felisa.

Sefini, que salía también, se quedó mirando a Angelito que aparecía abstraído.

—¿Qué te pasa, hombre?

—Nada, que alfin voy a saber dónde vive el de la acrituna.

Los ojos de Sefini se iluminaron de alegría.

—Pero...

Angelito no le oía ya. Vió como Paco se sentaba al volante de su coche y Teresa junto a él. ¡Ah, pues él no se achicaba por ello! Y tomando precipitadamente del guardarropa su patinete, salió en persecución de la pareja.

El taxi paró unos minutos después ante la casa de Paco, seguido siempre por Angelito.

—No tardes, Paquete—le dijo Teresa bajando del coche.

—Lo que me cuesta encerrar.

Precisamente don Quintín salía en aquel mismo momento de un bar situado enfrente de la casa de Paco y al que

iba algunas veces a buscar un poco de alivio a su doloroso aburrimiento. Al ver el taxi buscó instintivamente a su conductor... y, maravillado, su cara reflejó una alegría loca al descubrir nada menos que a su ofensor, al hombre cuya imagen y cuyo arte no podía apartar de su cabeza.

Avanzó como una tromba hacia el coche, pero ya éste se alejaba a toda velocidad mientras Teresa entraba en la casa. Don Quintín la vió y coligió por la ansiedad de la despedida que

allí mismo debía vivir el chofer. Y esperó a pie firme, dispuesto a esperar las horas que fueran necesarias, pero con el deseo de dar al fin con aquel atrevido conductor que iba a ver que no se ofendía en vano a don Quintín.

Angelito descubrió al famoso amargado y, volviendo grapas, desapareció velozmente. Ahora sí que iba a ocurrir la catástrofe. ¡Pobre chofer! Quedaría bajo el poder de don Quintín peor que si le hubiese atropellado su flamante coche.

...

Felisa se estaba vistiendo en su pequeño camarín. Las ropas las había ido tirando al suelo a medida que se fué desamudando. Reinaba un desorden absurdo. Sefini, consternado, se hallaba junto a la puerta casi sin atreverse a hablar.

—¿Estás segura que esa que has visto era la hija de don Quintín?

—Como que se ha criado conmigo en la casilla.

Sefini se llevó las manos a la cabeza.

—Entonces resulta que don Quintín quiere perforar a su yerno. ¡Mi madre!

—Ni más ni menos.

—¡Pero eso es tremendísimo! Largo dicen que si el cine y las novelas...

—Na más que nos traiga las señas Angelito, vamos todos a casa de ella y les descubrimos la verdad.

—Na faltaba más...

En tanto en casa de Paco, Teresa, que acababa de amamantar a su chico, se lo entregó a su tía, después de darle unos sonatos besos.

—Acuéstelo, tía, que ya está bien llenito. Voy a ver si viene Paco, que no puede tardar.

Acosóse al balcón y miró hacia la calle. Paco no aparecía aún. Su mirada siguió entonces vagando indiferente por la calle y de pronto su rostro palideció con un gran estupor seguido de inmenso espanto. Abajo, en la calle, se hallaba don Quintín, bien plantado, mirando fijamente hacia la entrada de la casa.

Teresa, repuesta de su estupefacción, tuvo un miedo espantoso. Aquel hombre a quien Paco había ofendido se hallaba allí, seguramente esperando a su agresor. Un mundo de sangre, de lágrimas brotó ante ella como una visión penosa. ¡Ah, aquellos terribles presentimientos se fundamentaban en algo positivo y real! Allí estaba aquel hombre en son de guerra, cultivado su deseo de venganza y sin poder volver atrás.

Procurando que no la viese, volvió a entrar precipitadamente en el piso. Estaba trastornada, sentía que le temblaban las sienes y sus piernas flaqueaban. Pero procuró disimular su turbación por temor de que se enterase su tía que hacía dormir al niño. La vieja no se daba cuenta de nada. Teresa quedó unos momentos como clavada en el suelo, sin saber qué partido tomar. Ante ella se presentaba la imagen de Paco cayendo desagrentado bajo la agresión prometida de don Quintín. ¡Oh, tal vez dentro de pocos minutos Paco sería víctima de una venganza brutal sin tiempo para defenderse!

Rápidamente tomó una decisión. Era preciso salvar a Paco que valía más que su propia vida. Y salió a la calle avanzando decididamente hacia don Quintín.

—¡Buenas, caballero!

El eterno amargado, extrañado de que aquella mujer tan guapa y tan seria y triste al propio tiempo, se dirigiera a él, contestó:

—¿Es a mí?

—A usted, a usted.

Don Quintín no entendía de bromas. Se hallaba allí con una misión muy seria y no quería estropearla con la frivolidad de una conversación femenina.

Ninguno de los dos podía sospechar el nexo fortísimo que les unía. Eran la misma sangre. Aquel don Quintín, cuyo dolor de su vida tenía por fundamento la separación de su hija, la tenía allí delante, sin que adivinara ni remotamente que aquella mujer, joven y guapa, pudiera ser la que buscaba con tanto afán. ¿Y cómo iba a suponer nunca Teresa que su verdadero padre, el hombre nebuloso que la había abandonado de pequeña, era nada menos que aquel don Quintín que constituía su obsesión, su disgusto y su melancolía constante, espina en el corazón clavada?

Don Quintín hizo un gesto despectivo.

—Yo no la conozco a usted para nada—le dijo.

—Yo a usted sí que no lo olvidaré

en mil años que pasen y no le he visto más que una vez.

Don Quintín arrugó el ceño y contempló fijamente a la mujer. ¿Dónde había visto él aquella cara?

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Va usted a saberlo—dijo Teresa más tranquilizada—. Usted viene buscando a mi marido, ¿no es verdad?

—¡Ah, vamos!—exclamó don Quintín aliviado.

—Si es a su marido al que busco, el encontrarme con usted no me interesa, como comprenderá.

Pero Teresa sentía cada vez más vivo el ardiente deseo de defender al ausente.

—Usted busca a mi marido para hacerle mal y todo el mal que va para un hombre, se encuentra en el camino, poco antes de llegar, con la mujer que le quiere. Por eso viene usted a buscarle a él y se encuentra conmigo.

Don Quintín la miró despectivo.

—Las mujeres, a remendar calcetines.

—A remendar calcetines pa que los hombres que tienen vergüenza, pisen fuerte.

El eterno pesimista golpeó el suelo con su bastón.

—Avallemos de una vez, que tengo poca paciencia.

—Dos palabras nada más. Mire usted, señor, lo que hizo mi Paco contra usted, no lo hizo con odio. Lo hizo

por vergüenza. Si usted va con una mujer y le dan en la cara, ¿qué va usted a hacer? Lo que hizo mi Paco: jugar se el corazón pa que a la mujer no se le olvide que va con un hombre.

Aquella exacta definición de los hechos no conmovió ni mucho ni poco a don Quintín.

—Cogiéndole a uno desprevenido y aprovechando la ventajita y todo pa mandar luego a la señora, ¿no? —indicó burlón.

Ella se irguió, retadora, con pasión en la voz y en la mirada, pronta a luchar, fuera como fuera por el hombre de su vida.

—A mí no me ha mandado nadie, que a mi Paco le sobra corazón. Pero si usted vive empujando en hacerle daño yo le digo a usted que no se lo hace.

—¡Ja, ja!

Se exaltaba cada vez más, viendo como su nobleza de mujer chocaba ante un hombre saturado de venganza y de incumplimiento.

Y ahora en voz tenía un deje dulcísimo al evocar un pasado que tuvo la tristeza de la orfandad.

—Yo no he tenido en el mundo más cariño que el de este hombre. Ni a mi madre he conocido, que yo aprendí a decir madre al oír a las otras niñas llamar a la suya, ya ve usted si es tristeza. ¡El ha sido pa mí madre, padre, marido, hermano, todo! Hasta que lo conocí a él no he tenido cariño ni ale-

gria. Figúrese usted las puñalás que me tié usted que dar a mí antes de llegarle a él al corazón.

Parecía transfigurada. Su expresión adquiría un relieve inaspechado. Revivía en ella la mujer enamorada para quien todas las alegrías y las ternuras de la vida se basan en el objeto de su amor. ¡Vaya si le defendería! Cuando no fuera posible con los puños, con los dientes.

Don Quintín, a pesar de la crudeza de su espíritu, sintió por un momento la influencia de aquella magnífica peroración y contestó rudamente:

—Yo no vengo a pelear con una mujer.

—Ni yo quiero pelear con usted. Pero usted ha sido el que se ha metido en nuestro camino, no nosotros en el suyo, que nosotros no odiamos a nadie. Y si usted tiene veneno en el alma, váyase con él a otra parte y déjenos que vivamos, contentos y tranquilos.

La idea de que pudiera escapársela su venganza, de no castigar como se merecía al hombre de la aceituna, sublevó otra vez el alma achulapada de don Quintín.

—¿Y para decirme eso la manda a usted el cobarde de su marido?

Iba Teresa a contestar cuando se sintió apartada con dulzura y apareció Paco que había estado escuchando las últimas palabras y que sin ser bravucón ni pendenciero, sabía mantener su dig-

nidad y castigar a los que la ofendían.

—Oiga usted, amigo—le dijo a don Quintín mirándole frente a frente, pero sin jactancia—. Yo a las mujeres no las mando a dar conversación a las gullinas.

Quedó Teresa aterrorizada. ¿Qué estaba diciendo Paco? ¿Cómo iba a exasperar a aquel hombre de intenciones tan perversas?

Don Quintín sintió el escosor de la ofensa y sorprendido de la audacia, replicó:

—¡Así me gustan los valientes!

—¡Nada de valientes! —respondió Paco, dueño de sí mismo—. Yo soy un hombre nada más, pero tomo las cosas como son.

—¡Pues por lo pronto le voy a dar en la cara! —rugió don Quintín levantando el bastón.

Paco, dispuesto a todo, sacó un arma del bolsillo. Lanzóse Teresa, horrorizada, sobre su marido, interponiéndose entre él y don Quintín. Acudieron unos viandantes. También en aquel instante se detuvo allí mismo un taxi y bajaron a toda prisa Felisa, Sefini y Angelito que se abalanzaron sobre los dos contendientes sujetándoles. Se había formado un nutrido grupo de gente comentando el escándalo.

—¡Quieto!—decía Sefini—. ¡No toque usted a ese hombre, don Quintín!

Pero don Quintín, exasperado por la valentía de Paco y queriendo castigar

su audacia, intentaba deshacerse de sus amigos.

—¡Soldadme, cobardes, no me sujetéis!

En tanto unos vecinos entraron en la casa a Paco, que forcejeaba también para desasirse, ávido de castigar a aquel don Quintín que era la sombra negra de sus vidas. Teresa con los brazos ceñidos al cuello de su marido, le arrastraba igualmente hacia el interior y antes de entrar en la casa volvíase a don Quintín para insultarle.

Teresa veía amenazado su hogar, su vida, su felicidad, aquel cachito de cielo que Dios le había concedido. Y el responsable de todas aquellas iniquidades era aquel sujeto amargado y cobarde que no olvidaba una pequeña pendencia de café y que buscaba sangre para castigarla como si de esta manera su conciencia pudiera quedar menos intranquila.

En el silencio de la noche la voz de Teresa sonó majestuosa y terrible:

—¡Maldito sea usted que viene a robarme mi bien! ¡Maldita sea su alma negra! ¡Maldita sea su vida mala! ¡Malditas todas sus horas!

Don Quintín rugía, exasperado por las maldiciones que ponían frío en su piel:

—¡Dejadme, dejadme! ¡Os voy a deshacer!

Pero Teresa había entrado ya en la casa y entonces Sefini le dijo al oído

al amargo, mientras seguía sujetándole:

—Don Quintín, esa joven que huye de usted echándole maldiciones es su hija.

—¿EH?

Fué un grito de todo su ser, algo terrible, casi sobrenatural. Un grito que sobrecogió a sus amigos. Su rostro henchido de la más feroz de las cóleras fué transformándose con sucesivas gradaciones de asombro y de terror. Pero, ¿qué decía Sefini? ¿Qué eran aquellas palabras? ¿Qué eran aquellas mentiras? Borrachos, locos, debían estar todos. Pero Sefini le soltó y aun continuó diciéndole, para que no tuviera duda alguna de aquella verdad que llegaba tarde y en circunstancias espantosas:

—Sí, señor, su hija. Ya ve usted la obra de su vida: quien siembra odios recoje maldiciones.

Don Quintín no le oía. Su mirada reflejaba el terror que le acababa de sobrecoger. Sus ojos, casi desorbitados, iban de un lado a otro, extraviados y sin conciencia de sus actos.

—¡Mi hija!—repitió con una extraña voz de sonámbulo, de hombre ausente de sí mismo, muerto espiritualmente.—¿Mi hija... dices que es mi hija?... ¿Cómo lo sabes? ¡Por compasión, por piedad! ¡Mi hija!

Fué alejándose maquinalmente, con algo de expresión fantástica, murmurando aquella palabra de amor y de

dolor; enferma la inteligencia y el corazón roto por la trágica maldición.

Felisa, Angelito y Señal le contemplaban con espanto y con piedad también. ¡Pobre don Quintín! En el fondo no era malo. Su vida se había roto hacía muchos años y no funcionaba bien. Pero si pudiera volver a sentir el amor de su hija, la alegría de una familia propia, recobraría su ponderación y el

ritmo interior que nos hace acordes con la vida. ¡Pobre don Quintín, siempre amargado, enfermo de celos, de anhelo de amor, amor de esposo truncado, amor de padre no satisfecho! Siempre sin amor. ¿Y duraría eso aun después de la maldición?

Felisa, entretanto, tenía unas ganas locas de salir al piso, abrazar a su hermana adoptiva y contarle la verdad.

...

Largas horas anduvo por las calles don Quintín bajo el peso trágico e insuperado de aquella revelación... Tanto tiempo de buscar a la hija y al encontrarla era para insultarla, para injuriarla y para recibir de los labios de ella los más amargos reproches e improperios. ¡Ah, adivinaba lo irremediable! Estarían separados para siempre más. Y ahora la vida de él sería más dura, más amarga, porque habría mutado a su propio amor. Personaje de tragedia, las gentes se reían de él como de un tipo de zúñete... y, sin embargo, había un corazón tras aquella corteza rústica de barbarote.

La cabeza oculta entre las manos se

había dejado caer en el quicio de una puerta, llorando amargamente un destino que él mismo se había forjado con la serie incesante de sus errores. No era ya sólo la maldición de la hija la que pesaba sobre él. Creía escuchar con la voz sagrada del más allá, a la esposa ofendida, acusándole también de verdugo. Verdugo lo había sido, primero para la esposa inocente, luego para esa niña que tuvo abandonada y que vivió en un ambiente frío... Pero don Quintín no era malo. Había cometido locuras, pero todo era producto del mismo centro: la carencia de amor, de ideal puro que tuviera la claridad del sol y la pureza de las nieves inaccesi-

bles, la falta de un verdadero cariño, mientras le rodeaban amistades de interés y de poca vergüenza. Tanto tiempo de buscar a la hija para hallarla después de insultos feroces. ¡Qué mundo! ¡Maldito un millón de veces! Ahora sí que ya no quería matar, sino morir, morir en un rincón, abandonado de todos, como una bestezuela herida en un establo. Morir oculto a todas las miradas, pronunciando muy bajo, para que sólo lo oyera su corazón y no se enterara ni el alce, también enemigo, los nombres amados, los nombres inolvidables: María, hijita... las dos mujeres por las que sufría de modo atroz sin que ellas pudieran agradecer nunca, sino al contrario, sus sufrimientos.

Pasó una niña que al ver llorar a don Quintín se detuvo entre curiosa y compadecida.

—¿Qué le pasa a usted?

Don Quintín alzó la vista. Veía ante sí unos ojos que no le miraban con desdén.

—Nada, hija, nada.

—¿Se ha puesto usted malo?

—No, gracias, hija, no estoy malo—dijo avergonzado.

—Como le veía a usted llorar así, en la calle y tan solo...

—¡Solo! ¡Eso, sí, hija mía, estoy muy solo!

Espantoso poema de soledad sólo comprensible para los que lo sufrieron. Espantoso poema hecho de palabras frías, pero terribles: indiferencia, si-

lencio, paz... acaso al fin la muerte... ¡Soledad!

La niña era curiosa y su alma que tendía a la ternura se interesaba por aquel hombre ya viejo, de cabellos de plata, cuyos ojos se hundían como buscando una luz interior.

—¿No tiene usted a nadie?

—No tengo a nadie...

—¡Pobre señor! ¡Qué pena!...

Y el corazón de la niña — uno de los predilectos corazones de Jesús—se acercó al viejo.

—¡Pobre señor! ¡Qué pena! ¿Quiere usted venir a mi casa? Somos mi madre y yo solitas... Venga usted conmigo, y si mi madre quiere, le cuidaremos hasta que se ponga bueno.

Don Quintín estaba enternecido.

—¡Gracias, hija, gracias!

—Apóyese usted en mí. Vámonos.

Miró de frente a la niña, pareciéndole incomprensible aquel gesto de ternura y de bondad, tras tanto sufrimiento.

—Y tú ¿por qué me compadeceas?

—Porque le veo llorar y dice mi mamá que todo el que llora es bueno.

Estremecióse el amargado.

—Pues yo no lo he sido, hija mía.

—Pues lo empezará usted a ser ahora. No se apure. Ya verá usted—Y pasó sus manitas rosa por la piel curtida—. Lo empezará usted a ser ahora.

Don Quintín rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Hija mía!

Y besó la frente de aquella niña que con su dulce canción de paz le hablaba de bondad a él que se consideraba casi un monstruo...

—¡Hija... hijita!...

Y al pronunciar este nombre, y al abrazar a la tierna criatura, creía estar haciéndole esa aquella por la que lloraba su alma y por la que quería desaparecer.

Don Quintín, después de deambolar errante por las calles, llegó a la casa donde vivía. Subió las escaleras despacio, abatidísimo. No parecía el mismo hombre. En las pocas horas pasadas había envejecido unos años. En su aspecto e indumentaria se notaba el desaliento subsiguiente a su reciente ríña y su vagar sin rumbo.

Abrió lentamente la puerta del piso. ¡Cuánta soledad en su casa, cuánto dolor en su alma! La habitación estaba a oscuras. Don Quintín dió la luz. Y abrió desmesuradamente los ojos como si fuera víctima de una aparición, como si estuviera bajo los efectos de un extraño sicó. En la habitación se encontraban Teresa, su marido, Sefini y otra mujer, Felisa.

Antes de que pudiera hablar, sintió que unos brazos apretaban su cuello y vió a su hija que, emocionadísima, sin mezcla alguna de rencor, exclamaba:

—¡Padre mío!

Don Quintín sufrió una violenta con-

moción. Estaban junto a él unos ojos claros, dulces, que le miraban con cariño, sin el odio de aquella expresión de antes que tanto le había herido... Los labios sonreían sorbido al propio tiempo las lágrimas... Y aquella mujercita que le apretaba contra su corazón era su hija, su alma, lo que él amaba más, ¡por la que hubiera dado cuanto tenía!

Con voz entrecortada, casi sin poder articular palabra, murmuró, llorando también:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Perdóname!

Y quiso arrodillarse a sus pies, penitente del pecado de desamor que venía a traspasar piedad al amor verdadero y sagrado.

Paco, Sefini y Felisa contemplaban en silencio y con verdadera emoción aquella escena de reconciliación que era para Don Quintín el desquite a todas las horas ingratas.

Felisa se había encargado de comunicar antes la verdad, y Teresa sintió desaparecer inmediatamente su rencor para dejar paso a una ternura filial. Tampoco Paco mantuvo su cólera contra aquel hombre, amargado de por vida por la separación voluntaria de la hija, dictada por un móvil de injustos celos.

Teresa, noblemente, volvió a impedir que el viejo cayera nuevamente de hinojos.

—¡No, eso, no, padre! ¡Levántese!...

Y... una sola cosa quisiera preguntarle.
¿Por qué abandonó usted a mi madre?

Desde que conocía quién era don Quintín estaba deseosa de saber los motivos, la iniciación de aquel drama, sintiendo en su alma el dolor de que la que la diera el ser no fuera honrada como lo había sido ella.

Don Quintín, abrumado, vacilante, confesó sinceramente:

—Por... No sé por qué... Es decir, ni lo sé... Porque no creí en su amor. Porque dudé de su lealtad. Como yo nunca supe amar, no creí en el amor de nadie. La amargura de mi vida ha sido no creer más que en la traición de todos. En la maldad de todos...

Paco le interrumpió:

—Ahora comprendo que le llamen a usted el amargao, porque a mí me parece que hay que ser al revés: hay que creer que todos le quieren a uno y alguna vez se acierta, como pongo por caso...

Y señaló amorosamente a Teresa. Esta enjugó unas lágrimas al pensar en la madre que, como la Virgen de los Dolores, había tenido clavados siete puñales en el pecho.

—¡Pobre madre! Pero, en fin, qué-
rante a mí tío lo que no le quiso a ella y así pagará usted algo de lo que la dejó a deber.

—¡Sí, hija mía!... ¡Mi hijita!—continuaba don Quintín, que a veces creía estar bajo los tormentos del sueño.—Y

por lo que se refiere a tu abandono...

—Conmigo no tiene usted que disculparse. Otra vez a mis brazos y nada más.

Y abrazados, lloraron de nuevo los dos, fundidas sus almas en una reconciliación íntima, eterna.

—¡Hija mía! ¡Hija de mi alma!...

El mismo Paco, conmovido, no pudo contener tampoco sus lágrimas.

—¡La pasecha!—murmuró.

Sefín y Felisa estaban igualmente conmovidos: Por fin don Quintín iba a sentir, a dejar de ser el terror del barrio y el espanto de colmades y herra.

—Eso es una mujer y no lo que tié uno en casa—dijo Sefín con mucha gracia.

Teresa, en medio de su emoción, mantenía una graciosa serenidad. Señalando a Paco y queriendo que aquellos dos hombres hicieran las paces de una manera definitiva, dijo:

—Padre, abraze usted a ese hombre que es lo que más quiero.

Don Quintín, olvidando absolutamente el incidente de la acotina, para vivir ya sólo el momento presente — luminosa satisfacción tras jornadas de sombra—, le tendió la mano.

—¿No me guardas rencor?

Paco se echó a reír.

—¿Yo qué le voy a guardar a usted?

¡He nacido en Madrid, hombre!

Don Quintín aparecía deslumbrado. No podía merecer aquel premio; eso sí

que era devolverle bien por mal. Nunca en casa había sido tan alegre como ahora... a no ser muchos años atrás, cuando María estaba allí...

Abriose bruscamente la puerta y apareció Angelito con un barril de aceitunas bajo el brazo.

Con el rostro siniestro avanzó hacia don Quintín quien, al descubrir el barrilito, cambió de expresión... ¿Qué bromista era aquella?

—Don Quintín — dijo Angelito con gran seriedad— Yo nunca he sido rencoroso. Pero en esta ocasión me voy a vengar de lo de la pierna. Ahora mismo se va usted a comer a la fuerza lo que hay dentro de este barril.

—¿Qué dices?— gritó con ira, y avanzando hacia él, como si fuera a agredirlo.

Pero Angelito rápidamente abrió la tapa del barril y sacando al niño de Teresa y Paco, se lo presentó alegremente al abuelo.

—Que se coma usted esto a besos!

Don Quintín comprendió. Tomó en sus brazos al chiquitín que iniciaba una de esas sonrisas adorables que sin saber por qué conmueven.

—¿Tu hijo?— preguntó a Teresa.

La madre se sintió orgullosa.

—¡Mi hijo!

—¿Cómo le voy a querer!

Y lo besó con exaltación, con la débil ternura del abuelo.

Pero... de repente separó al niño de él... y se miró el pantalón, sacudiéndolo solo.

—¿Qué es?— dijo Teresa.

Con bondad replicó disimulando:

— Nada, nada.

Paco, amenazando sonriente al niño, le dijo:

—¡Pues al que respetas al abuelo!

Angelito sonrió y tocando un hombro de don Quintín, le dijo con cierto tono filosófico:

—No somos nadie, don Quintín. Ya lo ve usted. Toda la vida presumiendo de valientes y al fin viene un torro y se desagua en nosotros...

Todos rieron mientras don Quintín abrazaba al nieto y a la hija y alzando los ojos a Dios agradecía los bienes que le deparaba la fortuna tras el amargor y el sufrimiento de tantos años. Nunca más sería don Quintín el amargoso, sino, desde este momento, el hombre alegre, feliz, jovial... porque era volver a sentirse joven tener una hija y un nieto que pondrían en su vida un aroma de primavera y de bondad.

FIN